

# La Navidad de la señorita Kane



Caroline Mickelson

**La Navidad de la señorita Kane**  
**Caroline Mickelson**

Traducido por Natalia Steckel

“La Navidad de la señorita Kane”

Escrito por Caroline Mickelson

Copyright © 2015 Caroline Mickelson

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

[www.babelcube.com](http://www.babelcube.com)

Traducido por Natalia Steckel

Diseño de portada © 2015 Sabrina Mickelson-Begic

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

# Tabla de Contenidos

[Página de Titulo](#)

[Página de Copyright](#)

[La Navidad de la señorita Kane](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

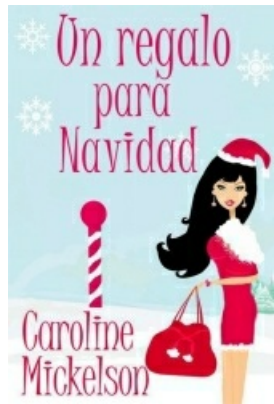
[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)



***Suscríbete a mi boletín para lectores VIP para obtener  
una copia GRATUITA de  
Un regalo para Navidad  
Haz clic aquí para comenzar:***  
[www.carolinemickelson.com](http://www.carolinemickelson.com)

Dedicado con mucho amor  
a mi madre, Annette,  
quien hizo que cada Navidad fuera especial.  
¡Gracias!

## Capítulo uno

—No puedo creer que me hayas desterrado del Polo Norte. —Carol Claus lanzó una mirada hacia su padre al otro lado del trineo—. ¿Qué fue lo que hice?

—No seas tan melodramática, cariño. —Santa sonrió a su hija. Se bajó del asiento del conductor y le hizo señas a Carol para que se acercara. Cuando lo hizo, él le rodeó los hombros y le dio un abrazo afectuoso. Hizo un gesto hacia el vecindario de Indian Village, iluminado por la luna—. Este es un hermoso lugar para que pases tu primera Navidad lejos de casa.

Carol miró hacia la calle cubierta de nieve. Cada casa de dos pisos en esa calle sin salida estaba adornada con luces navideñas, un pesebre, objetos navideños en el jardín y una corona de pino en la puerta principal. La séptima casa, justo debajo de sus pies, era la excepción al espíritu festivo del vecindario. Era una casa colonial con estructura de madera, de color blanco, con persianas negras, y no daba ningún indicio de que sus dueños supieran que faltaban solo tres días para Navidad.

Ella miró suplicante a su padre pero, si bien sus ojos azules reflejaban su amor por ella, no dio señales de revertir la decisión de que la hija pasara su primera Navidad fuera de su hogar con una familia elegida por él. Era una tradición de la familia Claus y hacía tiempo que Carol, la hija menor, lo debería haber hecho. Aun así, hizo un último intento desesperado para que su padre cambiara de opinión.

—Tú mismo dijiste que nadie se distingue como yo dirigiendo a los duendes.

—Es cierto, lo dije y lo dije en serio. Pero tu ausencia le dará a tu hermano Nicholas la oportunidad de trabajar más de cerca con ellos. Además, te mereces algo de diversión este año. Trabajas demasiado.

—Adoro cada momento. —Carol colocó un mechón de su pelo oscuro detrás de la oreja. Tenía los mismos ojos azules que los de su padre y

compartía su amor por la Navidad—. Te extrañaré, papá.

—También te voy a extrañar, mi niña. Sé que no será fácil, Carol, pero es necesario. —Puso la mano en el bolsillo de la chaqueta roja de plumón y sacó una hoja de papel doblada—. Léelo.

Ella estiró la mano para tomar el papel.

—¿Qué es?

—Solo léelo. Es la razón por la que estás aquí.

Carol abrió la hoja rayada, un poco arrugada, y enseguida se dio cuenta de que estaba escrita por un niño. Afortunadamente, la luna brillaba lo suficiente como para permitirle leer con facilidad las palabras prolijamente escritas con crayón.

*Querido Santa:*

*Mi papá no sabe que te estoy escribiendo. Me diría que no puedo escribirle a alguien que ni siquiera existe, pero yo sé que eres real. Me lo dijo mi mamá antes de morir. Mi hermanito Patrick no recuerda que lo haya dicho, pero eso es porque ella murió cuando él ni siquiera estaba en el jardín de infantes. No te escribo para pedirte algo para mí o para Patrick. Pero, Santa, ¿podrías traerle a mi papá algo de felicidad? Sé que los duendes no pueden envolverla y que no es algo que puedas hacer entrar por la chimenea, pero él necesita ayuda. No sé a quién más pedírsela. Sé que pensarás en algo, Santa.*

*Hillary (8 años)*

*PD: A Patrick le gusta jugar con autos, y mi color favorito es el rosa.*

Carol terminó de leer la carta, volvió a doblarla y se la devolvió a su padre.

—Supongo que estamos en casa de Hillary y de Patrick.

Santa asintió.

—Y en el momento preciso, mi querida. Aquí viven tres personas muy tristes. No puedo soportar que sufran otras Fiestas deprimentes.

—Eres tan compasivo, papá... —Carol sabía que había perdido. No podía decirle que no a su padre, no cuando la pequeña Hillary contaba con Santa Claus y este contaba con ella—. Pasa algo más de lo que me estás diciendo, ¿verdad?

Su padre asintió.



—Bastante más.

—Entonces dime qué sucede. Prefiero saber a qué me enfrentaré. — Carol golpeó el piso con los pies para mantener la sensibilidad—. ¿Se trata de la madre de los niños?

—No. Los niños eran demasiado pequeños para saber que su madre lo tenía todo, pero abandonó a su padre justo antes de que a ella le diagnosticaran cáncer. Ya había alquilado una casa y había empacado casi todas sus cosas, pero se enteró de que estaba enferma. Su marido insistió en que se quedara en la habitación de huéspedes para recuperarse.

—Pero no lo hizo —supuso Carol—. Recuperarse, digo.

Santa asintió.

—¿Iba a dejar a los niños con su padre? —preguntó para aclarar las cosas—. ¿No hubo una lucha por la tenencia de sus hijos?

—No. Ella dejó en claro que no estaba dispuesta a ser una madre de tiempo completo.

—¿Entonces este Ben Hanson tiene el corazón roto por el plan de su mujer para dejarlo y por su muerte, y el dolor que siente se está transmitiendo a los hijos?

—No, no es eso. Claro que hubo cierta tristeza que superar, pero la familia parece estar extraordinariamente bien en la mayoría de los aspectos.

—¿Dónde entro yo? No entiendo lo que quieres que haga, papá.

—Ben Hanson tiene problemas con la Navidad.

—Define “problemas”.

Santa soltó un largo suspiro, que pronto se convirtió en una bocanada de humo.

—Trabaja como cronista deportivo, pero está escribiendo un libro que me tiene bastante preocupado. —Sacudió la cabeza con desaliento—. Lo hace con tanta convicción que temo que convenza a unos cuantos padres.

Carol lo observó. Nunca antes lo había visto molesto con ningún incrédulo.

—¿Cuál es el título del libro?

—*Basta de tonterías navideñas: por qué mentirle a su hijo sobre Santa es una mala idea.*

—¡Oh! —dijo Carol, quien de repente comprendió la preocupación de su padre—, eso no es bueno.

—Exactamente.

Por lo menos ahora ya estaba claro lo que ella estaba haciendo allí.

—Quieres que consiga el manuscrito y lo destruya, ¿es esa mi misión?

Santa Claus frunció el ceño.

—Por supuesto que no; no vamos a salvar la Navidad mediante hurto y destrucción de propiedad ajena. Además, seguramente lo tiene guardado en un disco duro externo.

—Entonces, ¿qué quieres que haga?

—Quiero que seas tú misma. —El rostro de Santa se iluminó—. Solo sé tú misma, Carol. Siempre tuviste el verdadero espíritu de la Navidad en tu corazón; ahora ve y comparte ese regocijo con la familia Hanson. Verás, no creo que solo debamos ayudar al señor Hanson a que aprenda a amar la Navidad; creo que debemos convertirlo en uno de nuestros embajadores. Una brillante idea, modestia aparte.

Brillante no era la palabra que hubiera usado Carol. Su padre —cada alegre rincón de su cuerpo— era un eterno optimista. Los embajadores de la Navidad eran adultos que creían en la historia de Santa y en la magia de la Navidad. Según su padre, estos embajadores eran clave para mantener viva la tradición de Santa Claus.

Carol hizo rápidamente las cuentas en su cabeza. ¿Su padre quería que llevara a este Ben Hanson desde “las tonterías navideñas” hasta el “¡Ho, ho, ho!” en solo unos pocos días?

—Los niños del mundo cuentan con nosotros, Carol. No podemos defraudarlos.

Carol no tenía muchas esperanzas de lograrlo, pero sabía que debía intentarlo. Su padre contaba con ella, y no iba a decepcionarlo; no podía hacerlo. Cada niño era importante para Santa. Esa era una de las cosas que más amaba de él.

—Te extrañaré.

—Yo también voy a extrañarte, mi niña. —Santa abrió sus brazos y Carol le dio un abrazo de despedida antes que él volviera a subir al trineo. Tomó las riendas—. Llámame cuando me necesites.

Carol asintió, pero sabía que no lo haría a menos que fuera una emergencia. Los próximos días iban a ser un torbellino de continua actividad en el Polo Norte. No dudaba de que su padre, o su madre y su hermano si vamos al caso, estuvieran a su disposición. Pero necesitaba manejar esto por su cuenta. ¿Cómo?, no tenía idea.

—¿Algunas instrucciones en especial? —preguntó con esperanzas.

Santa pensó un momento.

—Solo una: intenta no absorber la tristeza de los Hanson. En su lugar, deja que ellos absorban tu alegría. Ahora, debo apresurarme. —Le envió un beso en el aire—. Feliz Navidad, mi niña.

—Espera, papá —exclamó Carol justo cuando chasqueó las riendas—. ¿Al menos podrías bajarme del techo?

—Lo siento, cariño. —Santa se tocó de inmediato la nariz y Carol fue transportada hasta la puerta principal de los Hanson. Ella miró hacia el cielo nocturno despejado y saludó con tristeza al trineo, que desaparecía con rapidez. Ciertamente una feliz Navidad.

Tomó su maleta y tocó el timbre.

\* \* \*

El sonido del timbre despertó a Ben Hanson de un sueño intermitente. Se quedó en la cama pensando si lo había imaginado. No, ahí estaba otra vez. Apartó la sábana, tomó su gastada bata de toalla y se la puso. Colocó los pies en las pantuflas, también gastadas, y se arrastró hasta la ventana. Miró hacia el jardín iluminado por la luna, mas no vio ningún auto en el frente. Pero sí oyó que alguien golpeaba la puerta.

Ben se pasó la mano por el pelo despeinado y tomó sus anteojos de armazón metálico de la mesita de noche. Pasó a ver a su hijo y a su hija, pero ambos dormían. Se apresuró a bajar las escaleras suavemente y encendió la luz del porche. Dejó la cadena puesta y abrió la puerta lo suficiente como para asomarse.

Una joven vestida con un abrigo de lana color rojo cereza estaba en el umbral. Aunque llevaba una boina tejida, esta no cubría su pelo corto castaño oscuro ni tapaba su rostro. Un rostro que se veía bastante despierto y entusiasta, teniendo en cuenta que eran las dos de la mañana.

—¿Puedo ayudarla en algo? —preguntó.

—Hola, señor Hanson —sonrió la desconocida.

La mente de Ben se apresuró a identificar el rostro de la mujer. No conocía mucho a sus vecinos, pero estaba casi seguro de que esa joven no era uno de ellos. Se acordaría si la hubiera

visto antes. Sin embargo, ella lo conocía. O por lo menos sabía su nombre, lo que lo colocaba en desventaja.

—Lo siento, no la conozco.

—Soy Carol Kane. —Lo miró con actitud expectante.

—¿Qué puedo hacer por usted, señorita Kane? —Aunque se la veía inocente, Ben mantenía la mano sobre la manija, listo para dar un portazo si le decía que estaba allí para invitarlo a formar parte de algún culto.

—Soy la nueva *au pair*. —Sonrió—. ¿Puedo entrar?

¿*Au pair*? Eso no estaba bien.

—Se suponía que vendría recién en enero —contestó él.

—Estoy aquí ahora. —Otra sonrisa—. ¿Puedo entrar?

Ben dudó. ¿Qué estaba haciendo allí en plena madrugada, y al menos una semana antes?

—¿Tiene algún documento? ¿Alguna prueba de quién es?

Su pregunta no pareció inmutarla. De hecho parecía muy preparada, ya que puso la mano en el bolso y sacó unos papeles. Los pasó por la ranura de la puerta.

—Aquí tiene, señor Hanson. La carta de la agencia, mi currículum y mi pasaporte.

Ben hojeó los papeles rápidamente. Carol Kane, veinticuatro años, un metro sesenta y cinco de altura. Abrió el pasaporte y de inmediato reconoció en el rostro alegre de la foto el mismo de la joven que estaba parada en el umbral. Le devolvió los papeles por la puerta apenas abierta.

—Gracias, señor Hanson. ¿Puedo entrar? —volvió a preguntar.

—Sí, claro, lo siento. —Ben quitó la cadena y abrió la puerta. Se apartó mientras Carol entraba al vestíbulo. Tenía una maleta Samsonite clásica, pequeña, redonda y roja. El abrigo de lana y el bolso también eran clásicos. No había nada de desaliñado en Carol Kane. Al contrario: era joven, coqueta, alegre y —Ben no tenía dudas— bastante entusiasta en todo lo que hacía.

Comenzó a preguntarse si no había cometido un gran error.

—Lamento haber llegado tan tarde —se disculpó Carol—. De donde vengo, el transporte no es tan confiable como creería.

Ben sacudió la cabeza.

—No llega tarde, señorita Kane. No la esperaba hasta principios de enero.

—Pensé que podría llegar a tiempo para las Fiestas.

Ben la miró fijamente. Había sido un gran error. Es cierto que era la primera *au pair* que había contratado, y Dios sabía que necesitaba ayuda con los niños, pero no esperaba una niñera contratada que apareciera como un pariente perdido que finalmente llegaba a casa para las Fiestas.

—En realidad no celebramos las Fiestas —alcanzó a objetar.

Carol miró el vestíbulo y la sala de estar por sobre el hombro de Ben.

—Ya lo veo. ¿Es un tema religioso?

—No. Simplemente no me gusta la Navidad. —Empujó los anteojos hacia arriba.

—Es difícil de imaginar —afirmó Carol—. Adoro la Navidad. Es una época de júbilo. Estoy segura de que podemos celebrar... —Ben la interrumpió levantando la mano.

—Deténgase ahí, señorita Kane. No tendremos nada que ver con la Navidad este año.

—¿Por qué no? —Su expresión no era crítica, más bien curiosa—. ¿Lo pone triste?

Sus palabras despertaron una alarma en la cabeza de Ben. Esto no iba a funcionar: ella debía irse.

—Señorita Kane, me temo que hubo un gran malentendido. No voy a necesitar ayuda con los niños después de todo. Permítame llamar un taxi. Hay un hotel cerca de aquí.

Giró hacia la mesa del vestíbulo y tomó la agenda. Dio vueltas las hojas mientras trataba de recordar el nombre de la empresa de taxis.

Levantó la mirada sorprendido cuando ella apoyó la mano sobre su manga.

—Sin duda, no querrá enviarme a un hotel desconocido en medio de la noche, ¿verdad, señor Hanson? —preguntó Carol—. ¿No podría darme alojamiento al menos por esta noche?

Ben dudó, dividido entre el deseo de hacer lo correcto y el de recuperar su hogar tranquilo, predecible y ordenado. ¿En qué pensaba al contratar una desconocida para que viviera en su casa?

—Me conformaría perfectamente con sentarme en la cocina si no tiene ninguna habitación preparada —rogó ella—. Por favor.

Ben se sintió un canalla.

—Lo siento, señorita Kane. Claro que puede quedarse esta noche. La habitación de huéspedes está al final del pasillo. —Tomó su maleta y se sorprendió por lo liviana que era—. Sígame.

Condujo a Carol por el pasillo, dejó la maleta en la habitación de huéspedes y luego le mostró dónde estaba el baño.

—Bueno, supongo que la veré por la mañana. —Ben se quedó en la puerta con aire indeciso—. Lamento el cambio de planes.

La sonrisa de Carol era brillante.

—No se preocupe, señor Hanson. Estoy segura de que las cosas saldrán como deben ser.

## Capítulo dos

Como todos los días, Carol despertó a la mañana siguiente lista para saludar al mundo con una sonrisa de un millón de vatios. Amaba las primeras horas de la mañana en el Polo Norte, en especial el modo en que el sol brillaba sobre el hielo como si estuviera ungiendo el paisaje con una luz dorada.

Corrió las cortinas en la habitación de huéspedes, luego en la sala de estar y por último en la cocina antes de hacer una rápida inspección por el hogar de los Hanson. A pesar de que su casa era pulcra y ordenada —limpia hasta la exageración—, igual era deprimente. No había señal de la Navidad por ningún lado. Ni árbol, ni pesebre, ni medias colgadas con cariño. Nada. Cero. Carol sacudió la cabeza. Esa no era forma de vivir.

Había llegado justo a tiempo.

Primero lo primero. Encendió la diminuta radio instalada debajo del microondas y buscó hasta que sintonizó un canal de música navideña. Mientras se oía una versión instrumental de *Sleigh Bells*, se detuvo a inspeccionar la cocina. Nadie más se había levantado, pero ella tenía hambre. Se mordió el labio. Quizás sería pasarse de la raya comenzar a cocinar cuando el pobre Ben Hanson aún no se había dado cuenta de que le permitiría quedarse. No, sería mejor esperar a que se pusiera al tanto de la situación.

Ignoró el reclamo de su estómago por el desayuno habitual de galletas de Navidad y un café con leche aromatizado con menta, y tomó papel y una lapicera de al lado del teléfono. Comenzaría con la lista de las compras.

Cortapastas, ingredientes para la masa y granas ocuparon el primer puesto. Café, té de menta y ponche de huevo, en el segundo puesto por poca diferencia. Los bastones de caramelo eran indispensables, y sus favoritos, los M & M rojos y verdes, cerraban la lista de necesidades inmediatas.

Ahora la lista de decoraciones. Los niños sabrían mejor qué color de luces comprar para decorar el exterior de la casa. Dejaría que ellos decidieran, pero no pudo evitar pensar que, como los vecinos parecían preferir las luces de colores, sería lindo que los niños optaran por las de color blanco. Claro que necesitaban algo de música navideña. Agregó velas a la lista. No creyó que fuera correcto vivir en una casa sin árbol navideño, canela ni aroma a menta.

Las decisiones sobre el árbol eran un poco más complicadas. Carol golpeteaba la punta de la lapicera sobre la mesa. Las decoraciones para el árbol eran tan personales que se negaba a extralimitarse.

—Hola —llamó una voz.

Carol giró en la silla. Un niño somnoliento estaba parado en la puerta y sostenía con firmeza una manta andrajosa. Carol sonrió.

—Hola. Tú debes ser Patrick.

El niño asintió.

—¿Quién es?

—Me llamo Carol —contestó.

—¿Qué hace aquí?

Ella sonrió. En apariencia y conducta, el niño le recordaba al padre. De hecho, Patrick parecía una versión en miniatura de Ben Hanson. Tenía el mismo pelo castaño claro, la misma mirada intensa y un aura de dulce desconcierto que llegaban al corazón de Carol.

—Vine a ayudar a cuidarlos a ti y a tu hermana. Conocí a tu padre cuando llegué anoche, pero tú y Hillary ya estaban dormidos.

Patrick entró a la cocina y se sentó frente a Carol, con la manta siempre asida firmemente. Ella se alivió al ver que no le asustaba su presencia: solo le daba curiosidad.

—¿Te ayudo a buscar algo para desayunar? —preguntó Carol. Se dio cuenta de que su experiencia personal con los niños era algo limitada. Como gran parte de la vida de su familia giraba en torno a llevar alegría a los niños para las Fiestas, sentía que sabía mucho sobre ellos. Pero ahora, sentada frente a Patrick, se dio cuenta de que no estaba tan preparada para esta experiencia como creía.

—¿Tienes hambre?

Patrick sacudió la cabeza.

—No.

—¿Tienes clases hoy? —preguntó Carol.

Patrick volvió a negar con la cabeza.

—Tenemos vacaciones.

—Oh, eso es lindo, ¿verdad? —Carol volvió a sonreír, con la esperanza de que el niño hiciera lo mismo—. ¿Qué cosas divertidas tienen planeadas tú y Hillary para estos días libres?

—Aquí no nos divertimos.

Carol intentó no quedarse mirando fijamente, pero en realidad era lo último que esperaba escuchar.

—¿Qué edad tienes, Patrick?

—Seis —respondió—. Estoy en jardín de infantes.

—¿Entonces divertirse no es técnicamente tu trabajo? —preguntó Carol.

Patrick se salvó de tener que contestar por la llegada de su hermana. Hillary compartía el parecido de su hermano con el padre. Pero a diferencia de aquel, que todavía estaba en pijamas, Hillary estaba vestida con un suéter rojo de rombos y unos pantalones marrones de pana. La vestimenta se completaba con una pollera de tul rosa por encima de los pantalones.

—Buenos días, Hillary. Soy Carol. —Sonrió y le alivió ver que Hillary le devolvía la sonrisa—. Estoy aquí para ayudar a cuidarlos.

Hillary levantó la mano y estrechó la de Carol.

—Encantada de conocerla. ¿Cuál es su apellido?

—Kane —informó—. Bien, ¿nos ocupamos de temas serios?

Los niños asintieron, con los ojos bien abiertos.

—Genial. Busquemos un mazo de cartas.

\* \* \*

—Buenos días, señorita Kane. —Ben se detuvo en la puerta de la cocina, sorprendido por las risas de sus hijos. No era un sonido que oía a menudo, en especial durante las mañanas. Miró a su hijo y luego a su hija.

—¿Qué es tan gracioso?

Ambos le sonrieron, pero fue Carol quien habló y no pasó inadvertido el hecho de que evitó su pregunta con eficiencia.

—Buenos días, señor Hanson. Los niños y yo nos estábamos conociendo.

Ben miró a los niños de a uno por vez. Parecían notablemente tranquilos, considerando que habían encontrado a una desconocida en la cocina cuando se habían levantado. Pero sus hijos solían ser confiados, algo que constituía una de sus preocupaciones. Frunció el ceño.

—Eh... supongo que lo primero que hace a la mañana es tomar café —dijo Carol—. Si me señala la alacena correcta, puedo preparar una cafetera enseguida.

Él miró el reloj.

—No hay tiempo. Debemos irnos si queremos dejarla en el aeropuerto a tiempo.

—¿A tiempo para qué? —preguntó Carol—. No tengo ningún vuelo programado.

Ben la miró fijamente. Su compostura era extraordinaria. Parecía muy cómoda sentada en la cocina, jugando a las cartas con sus hijos como si fuera una antigua amiga de la familia. El hecho de que tuviera prisa por quitársela de encima no parecía inmutarla.

Puso la mano en el bolsillo y sacó el celular.

—Eso se puede solucionar con facilidad: dígame a qué ciudad necesita ir y le reservo un pasaje. —Recorrió la pantalla en busca de horarios de vuelos—. Estoy seguro de que podemos encontrar algo.

—¿Aun con la cantidad de tráfico aéreo que hay por las Fiestas?

Volvió a mirar a Carol con curiosidad. Era joven en lo que respectaba a las niñeras, pero ¿seguramente lo bastante madura como para saber cuándo no la querían? En los demás aspectos parecía socialmente adecuada. Debió haber estado loco como para pensar que la solución al cuidado de sus hijos era invitar a una desconocida a la casa. Echó un vistazo a Hillary y a Patrick. No, loco no. Solo desesperado.

—¿Cuál aeropuerto me dijo que sería mejor para usted? —volvió a preguntar.

—No le dije ninguno. —Carol se levantó, recogió las cartas y se las dio a la niña—. Hillary, cariño, ¿por qué Patrick y tú no van a preparar el juego en la sala de estar? Yo voy enseguida. Y recuerda: seis cartas para cada uno.

Ben se apartó mientras los niños obedecían y salían de la cocina. No podía negar que parecían muy cómodos con Carol. Sin embargo, a él le estaba inquietando la facilidad con la que ella estaba adaptándose a la casa.

—Señor Hanson, en primer lugar, permítame decirle que entiendo completamente su aprensión por dejar a los niños con alguien a quien no conoce bien, pero recuerde que usted mismo revisó mi currículo, las referencias y los permisos. Debió haber quedado lo bastante conforme como para contratarme. ¿Puedo saber por qué cambió de opinión?

Él dudó y se sintió un poco a la defensiva.

—Solo siento que, bueno, me parece que subestimé cuán grande sería el cambio si alguien se mudara aquí.

—Ah, entonces está nervioso. —Carol asintió como si de repente toda la situación tuviera sentido—. Estoy segura de que después de unos días nos acomodaremos a una rutina. Cuando usted esté en casa con los niños, yo estaré en mi habitación o concertaré alguna salida, así no se siente incómodo.

Ben puso un dedo dentro del cuello de su camisa y lo movió como para conseguir más espacio para respirar. “Incómodo” era la palabra perfecta para describir la idea de tener a esa joven agradable y serena en la casa.

—Bueno, verá, el tema es que mi trabajo es muy demandante en esta época del año, y en realidad no estaré mucho en casa.

—Con más razón me necesita aquí entonces —alegó Carol—, a menos que tenga un plan alternativo. ¿Alguien que pudiera trabajar de día, de noche y los fines de semana, que se dedicara

a Hillary y a Patrick para que pudieran disfrutar lo más posible del receso escolar por las Fiestas?

La joven debería ser abogada, no niñera, según pensó. Con la habilidad de tomar sus palabras y darlas vuelta, la convocarían de todos los juzgados del país.

—¿Por qué no me deja quedar hoy y podemos hablar sobre esto a la tarde cuando regrese del trabajo? —sugirió Carol—. Le daría todo el día para organizar otra cosa y me daría tiempo a mí para hacer otros planes.

Ben se encontró asintiendo, aunque solo fuera por el alivio de poder llegar a la oficina, donde siempre pensaba con mayor claridad que en su casa. Era una zona segura, en donde no pensaba en el desastre que estaba haciendo al intentar criar a los hijos por su cuenta. Pero podía hacer eso. Podía encontrar una salida, encontrar una solución adecuada al cuidado de los niños.

—Bueno, de acuerdo, un día. Y le pido disculpas por la molestia y por el cambio de planes.

—No se preocupe —respondió Carol—. Comprendo perfectamente.

Le creía. Hablaba con una actitud segura y tranquila que le daba plena certeza de que manejaba a los niños con habilidad, y también a los adultos, si vamos al caso.

Tomó el abrigo y el maletín del armario del vestíbulo. Con la culpa de sentirse aliviado por abandonar la casa, besó a sus hijos en la frente y les acarició la cabeza. Abrió la boca para recordarle a Hillary que no debería usar un tutú encima de la ropa, pero se detuvo. Podía ocuparse de eso más tarde.

Con un saludo final, cerró la puerta. Inhaló el aire frío de la mañana. Todo ese desastre se resolvería solo: no tenía por qué preocuparse. Mañana a esa misma hora tendría implementado un nuevo plan para el cuidado de los niños. Uno que no incluyera una joven hermosa que viviera en la casa.

Bajó el primer escalón hacia el segundo, cubierto de hielo. Los pies volaron; intentó alcanzar la barandilla de hierro forjado, pero no pudo y cayó de costado. Sintió un dolor agudo en todo su cuerpo justo antes de desmayarse.



## Capítulo tres

—Una contusión leve y un esguince de hombro es todo lo que aqueja a su amigo. —La doctora de la sala de emergencias cerró su laptop y les sonrió a Carol y a los niños de modo tranquilizador. Le entregó algunos papeles a Carol.

—Sugiero que el señor Hanson se tome el resto de la semana libre para descansar en su casa, con una actividad muy limitada. Encontrará instrucciones para el cuidado en los papeles de alta y no dude en llamar a la mesa de informes si necesita algo.

—Gracias, doctora. —Carol agradeció con una sonrisa antes de salir con Hillary y con Patrick por la puerta doble de vaivén hacia la sala de espera.

—Ya oyeron de la boca misma de la doctora que su padre va a estar bien —les aseguró.

—¿Ya podemos irnos a casa? —preguntó Patrick mientras se ponía la chaqueta con un movimiento de hombros—. Estoy cansado.

Carol se inclinó para subir el cierre de la chaqueta acolchada de plumón. Era de color negro, y la gorra tejida, blanca. Parecía un pingüino. Ella ignoró la punzada de nostalgia que le había subido por el cuerpo.

—Sí, podemos irnos ahora. Solo debemos aguardar a tu... —La interrumpió la entrada de una enfermera que llevaba a Ben en una silla de ruedas. Tenía el brazo en un cabestrillo, y su rostro reflejaba una nube de tormenta.

—Allí está. —Ella saludó alegremente y se negó a que la sonrisa se le borrara. Faltaban solo unos días para Navidad y tenía demasiado que hacer para prepararse como para perder tiempo estando triste.

—Voy a traer el auto —anunció Carol apenas se fue la enfermera. Les pidió a los niños que esperaran junto a su padre y luego se encaminó hacia el estacionamiento. Unos momentos después giró el Toyota Highlander de los Hanson y lo llevó hasta la puerta de la sala de emergencias. Enseguida se bajó para ayudar a Ben a subir al asiento delantero.

—Con calma —dijo ella mientras deslizaba la mano por debajo de su brazo sano—. Hillary y Patrick, suban y abróchense los cinturones.

Ben dio unos pasos y luego se detuvo de repente.

—¿Qué le sucedió a mi auto?

Carol consiguió no chocarlo, pero solo por poco.

—¿A qué se refiere? —preguntó, aunque ya sabía qué lo hacía mirar con horror el todoterreno.

—¿Hay astas en el frente de mi auto? —Su voz sonaba una octava más alta de lo que la había oído antes. Pero quizás solo eran los analgésicos que comenzaban a hacer efecto—. ¿Esa es una bola roja atada a la parrilla?

—Claro que no es una bola roja —respondió Carol—. Es la nariz de Rodolfo.

—¿La qué de Rodolfo?! —casi gritó. La miró fijamente a los ojos—. ¿Cuándo tuvo tiempo para...? —La pregunta fue interrumpida por la sirena de una ambulancia que se acercaba. Como sabía que había que mover el auto, dejó que Carol lo ayudara a subir, pero continuó con el ceño fruncido mientras ella salía del hospital hacia la calle principal.

—¿Qué tal algo de música navideña? —preguntó ella. Considerándola una pregunta retórica, estiró la mano y encendió la radio. Toqueteó la perilla hasta que oyó *Blue Christmas*, de Elvis.

Perfecto: le encantaba Elvis. Subió el volumen lo suficiente como para disuadir a Ben de continuar la conversación, específicamente de preguntar sobre los paquetes que desbordaban la tercera fila de asientos.

Lo miró de reojo. Se lo veía abatido. ¿Podía ser en parte por el dolor físico? Quizás. Pero, antes de haberse resbalado y caído esa mañana, se veía igual de incómodo. Miró por el espejo retrovisor. Las caritas serias de los niños parecían inseguras. A pesar de haber estado poco tiempo con la familia Hanson, Carol estaba segura de que Ben amaba a sus hijos y ellos a él. Y, a esas edades y sin la madre, definitivamente lo necesitaban.

¿Los niños no necesitaban siempre a los padres? Aun a su edad, ella todavía disfrutaba de pasar tiempo con el suyo y, cuando estaba triste o confundida, buscaba el consejo de Santa. Y, cuando ella y su hermano Nicholas tenían la edad de Hillary y de Patrick, no había nada que adoraran más que pasear en el trineo de Santa. En noches oscuras como esa, solían dar largos paseos, que Santa había llamado “viajes de práctica”, y disfrutaban muchísimo de mirar las luces navideñas y de charlar con su padre.

Una sensación incómoda se removió en su interior: esa situación no estaba bien. Nada bien. Y luego Carol oyó la voz de su padre; su cabeza reproducía una de sus expresiones favoritas como si fuera una grabación: “Si está mal, debes lograr que esté bien”.

Mientras pasaban por una casa con un enorme santa inflable en el jardín, Carol sonrió. Ahora sabía lo que su padre quería que hiciera. Era hora de un poco de magia navideña a la antigua y sabía exactamente a quién llamar como refuerzo.

\* \* \*

Ben se sentó en el sillón reclinable, agradecido de no estar más sobre los pies y aún más agradecido de estar en su hogar. “Descanse”, le había dicho la doctora. Sí, cómo no. Ella no tenía idea de que su casa estaba siendo invadida por el espíritu navideño. Y, en lugar de la sensación de alegría que la época suponía evocar, él sentía como si estuviera cayendo en un pozo sin fondo colmado de tristeza, soledad y desesperanza. Y todo era culpa de Carol.

Observó mientras ella y los niños entraban con otro montón de paquetes desde el auto. Abrió la boca para objetar, pero volvió a cerrarla. Lo que hubiera en esas bolsas de las tiendas Target no era el problema. Era ella. Carol. Ella era el problema. Y, si podía sacársela de encima, entonces todo podría resolverse con una simple llamada para donar lo comprado a Goodwill.

Sintió dolor en todo el brazo cuando intentó levantarse. ¡Cielos! De todos los momentos tontos para caerse y lastimarse, este debía ser el peor. Hacía doce años que vivía en esa casa, cientos de veces había usado los escalones de la entrada, pero hoy era la primera vez que resbalaba en el hielo. Por mucho que odiara admitirlo, esto cambiaba todo. ¿Cómo podía pedirle a Carol que se fuera sin tener otra niñera lista? Ahora más que nunca iba a necesitar ayuda, pero eso no significaba que debía ser Carol. Seguramente había agencias para solucionar ese tipo de problemas.

—¿Hillary? —llamó. No hubo respuesta—. ¿Patrick? —volvió a intentar.

—¿Sí, papá? —Su hijo asomó la cabeza.

—Tráeme el teléfono, por favor.

Patrick sacudió la cabeza.

—No puedo, la señorita Kane lo está utilizando.

—Entonces necesito el celular. Creo que está sobre la mesada de la cocina, o quizás sobre la mesa del vestíbulo. —Comenzó a levantarse—. También podría estar en el bolsillo de mi chaqueta. Déjame ver...

—Siéntate. Yo puedo encontrarlo. —Patrick se fue, pero regresó un segundo después—. No te preocupes, papá. Si no puedo encontrarlo, la señorita Kane sabrá dónde está.

¿Que no se preocupara? No podía hacer otra cosa.

Sonrió agradecido cuando su hijo colocó el teléfono en su mano extendida, pero aguardó a que se fuera antes de deslizar la parte superior para destapar el teclado. Escribir con una sola mano resultó ser más difícil de lo que pensaba, por lo que marcó el teléfono de la hermana y esperó a que lo atendiera.

—¿Ben? —Oyó la voz somnolienta de su hermana, que lo saludaba—. ¿Qué hora es?

Se había olvidado de la diferencia horaria.

—Lo siento, Cecily. ¿Te desperté?

—Es plena madrugada aquí, así que sí, pero está bien. —Y luego oyó cambiar su tono a uno de pánico—. ¿Hillary y Patrick están bien? ¿Qué sucedió?

—Están bien, bien. Aunque te extrañan.

Un silencio curioso flotaba entre ellos. Ahora que tenía a la hermana en línea, se sentía un tonto. Pedirle ayuda, incluso insinuar que la necesitaba, era injusto. Había hecho tanto, dado tanto, ¡cielos!, había dejado su vida después de la muerte de Tami para dedicarse por completo a los niños. Esa era la primera vez en tres años que los dejaba. Y él era un sinvergüenza por siquiera pensar en pedirle que cancelara su viaje y regresara a la casa.

—También los extraño. Ahora, ¿cuál es el problema? ¿Se trata de tu hombro? —preguntó Cecily.

Ben casi deja caer el teléfono.

—¿Cómo lo sabías?

—Carol me lo dijo.

Ben se quedó sin palabras. Sin palabras amables, por lo menos. El enfado estaba superando rápidamente al dolor que sentía en el hombro.

—¿Hablaste con ella?

—Sí. Tuvo la amabilidad de llamar y contarme sobre tu caída. Fue muy considerado de su parte, ¿no lo crees? —Como no respondió, continuó hablando—: admito que me sentí sumamente culpable por dejar a los niños en Navidad. Pero el hablar con Carol me hizo sentir mucho mejor respecto de todo.

—Seguro que sí —fue todo lo que Ben alcanzó a decir.

—Fue el mejor regalo de Navidad que podría haber deseado. Parece encantadora, y también se oía a Patrick y a Hillary felices. No podríamos haber sido más afortunados, Ben. Ahora dime de nuevo por qué me llamaste. ¿Pasa algo malo?

¿Algo? Todo. Pero Ben no tenía el valor de arrastrar a su hermana en sus dudas. Respiró profundo.

—Sabía que tu vuelo a Londres salía por la mañana y quería desearte suerte.

Hablaron un poco más antes de cortar. Reclinó su cabeza y cerró los ojos. De repente estaba contento por no haber interrumpido los planes de su hermana. Cecily parecía feliz y se lo merecía. Confiaba en su juicio de manera implícita, en especial con respecto a los niños.

“Cálmate, Ben”, se dijo a sí mismo. Tres semanas. Podía sostener la situación por tres semanas, hasta que Cecily regresara, y luego juntos buscarían una niñera nueva. Podía sacar el mejor provecho de eso. Abrió los ojos y comenzó a levantarse, pero de repente se paralizó. Sacudió la cabeza, y se frotó los ojos.

Había un duende en el vestíbulo. Pestañeó varias veces. ¿Un duende?

## Capítulo cuatro

Carol alcanzó el hombro de Tinsel y tiró del cuello verde de fieltro para meterlo de vuelta en la cocina.

—Ven aquí —masculló entre dientes—. ¡Rápido!, antes que alguien te vea.

—¿Qué? —objetó Tinsel—. ¿Por qué te comportas así? Estamos aquí para ayudarte.

—Bueno, no me ayudará que te vean —replicó Carol e hizo un gesto de rendición—. Mira, Tinsel, regresa al garaje y espera con Jolly hasta que todos se hayan ido a dormir.

—Rapz también está aquí —susurró Tinsel.

—¿Qué? —Carol sonaba agitada y lo sabía, pero no podía evitarlo. El día había sido muy largo. Nunca había vivido en un ambiente tan hostil a la Navidad. Mostrarse despreocupada respecto de las Fiestas estaba resultando agotador. Cerró los ojos por un segundo. Se ordenó a sí misma: “Concéntrate, Carol. Respira profundo”. Era una profesional experimentada que manejaba a más de mil doscientos duendes, a menudo en circunstancias frenéticas. Podía lidiar con eso—. Rapz es una bomba de tiempo. ¿Por qué no se quedó en el sector Embalaje?

—Nicholas dispuso que...

—¿Nicholas? —Carol sacudió la cabeza. Entonces eso era obra del hermano, su idea de lo que era una broma. Debería haber sabido que su padre no le enviaría a un duende embalador. Como todos los ayudantes de Santa, Rapz tenía buen corazón. Pero le prestaba más atención a utilizar los anteojos de sol y cadenas de oro adecuados que a los pequeños detalles necesarios para hacer una Navidad mágica—. No importa lo que haya dicho mi hermano. Necesito que los tres se oculten hasta que todos estén durmiendo y la casa esté en silencio.

Tinsel guiñó un ojo; era evidente que la situación le parecía divertida.

—Claro que sí.

—¿Señorita Kane? —llamó la voz de Ben desde la sala de estar—. ¿Qué sucede allí?

Se encogió de miedo. ¡Oh!, ¡Santas Fiestas!, ¿habría oído a Tinsel?

—Enseguida voy, señor Hanson —respondió. Echó a Tinsel en dirección al garaje—. Solo escóndete —se dirigió al duende—. Ve. Llevaré a todos arriba y luego iré por ustedes.

En cuanto Tinsel se metió en el garaje, Carol fue hacia la sala de estar, pero solo dio unos pocos pasos antes de toparse con Ben Hanson.

—Owww. —Ben tambaleó hacia atrás y levantó la mano sana para evitar que Carol pudiera acercarse—. ¿Quién está en la cocina con usted?

—Nadie. —Carol estiró el brazo, pero él retrocedió.

—Oí voces. —La voz de Ben tenía un tono acusador.

—¿Voces? —Sacudió la cabeza—. Los medicamentos deben estar engañándolo. —Intentó conducirlo de regreso a la sala, pero no se movía—. ¿Quiere que llame a la doctora?

—No, no quiero que llame a la doctora. —Unió las cejas en una expresión que demostraba tanto confusión como fastidio.

El ceño fruncido de Ben, decidió Carol, era bastante atractivo. Sonrió. No podía evitarlo.

—¿Qué le causa tanta gracia? —exigió saber Ben.

—Siempre sonrío durante las Fiestas —respondió Carol—. Ahora, de verdad, tengo que llevarlo a la cama. —Con suavidad lo hizo girar hacia la escalera—. Saludemos a los niños y

luego lo arroparé entre las sábanas.

Primero creyó ver un duende y ahora imaginaba que la niñera nueva estaba haciéndole proposiciones indecentes. ¿Qué tenían esos analgésicos?

Dejó que Carol lo guiara hacia arriba, pero se detuvo en la puerta de la habitación.

—Bien, buenas noches, señorita Kane. —Bajó la mirada hacia su rostro, que lo observaba con ojos azules expectantes. Parecía aguardar a que él dijera algo más—. Umm... Gracias. Por la ayuda de hoy, digo.

—De nada. —Carol estiró el brazo a su alrededor y giró la manija. La puerta se abrió—. A la cama, señor Hanson. Enseguida traigo a los niños para que le den las buenas noches.

Ben dio un paso hacia el interior de la habitación. Odiaba parecer desagradecido pero, con todo el tiempo que habían pasado en la sala de emergencias, no habían tenido oportunidad de hablar sobre su partida. Y ella debía irse. Cada vez que miraba los ojos de Carol, sentía que estaba cayendo en una trampa. Una trampa peligrosa. Aclaró su garganta.

—Señorita Kane, hay algo que debo... —Se oyó un ruido estridente que provenía de abajo.

—¿Qué rayos...? —Ben avanzó, pero Carol bloqueó la entrada—. ¿No oyó eso? —preguntó.

—¿Oír qué?

—¿Ese sonido estrepitoso?

Carol levantó las cejas.

—Probablemente haya sido una caja que se cayó. Bajaré a echar un vistazo si quiere. De todas formas, seguro que no fue nada.

Si no fue nada, Ben se preguntó, ¿por qué vio un diminuto destello de algo en los ojos de Carol? ¿Sorpresa? ¿Preocupación? ¿Y por qué continuaba mirando por encima del hombro?

—¿Qué sucede? —exigió saber.

Carol sonrió con esa exasperante sonrisa tranquilizadora.

—¿Por qué no lo ayudo a prepararse para dormir y luego voy hasta abajo para ver qué sucedió?

Ben le clavó los ojos con incredulidad. Él no era uno de los niños a cargo de la niñera. Abrió la boca, pero enseguida la cerró. Estaba cansado. Y, cuanto antes terminara el día, antes podría enviar de regreso a la señorita Carol Kane. Era fácil ver lo buena que era naturalmente con los niños y era una joven atractiva, lo admitía. Pero, si las últimas veinticuatro horas eran un indicio, presentía que el caos perseguía a esa mujer. De cerca.

—No necesito ayuda —retrucó. Sin embargo, seguía allí parada, observándolo, con evidente incertidumbre.

Se movió con incomodidad ante su mirada atenta.

—Claro que sí —replicó Carol. Cruzó la habitación y comenzó a desabrochar los botones de su camisa antes que se diera cuenta de lo que ella estaba haciendo.

—Señorita Kane, si no le molesta... —Intentó retroceder, pero ella sostenía la camisa con fuerza. Bajó la mirada. Ella agarraba los botones con torpeza—. Aguarde un momento, le aseguro que yo puedo perfectamente.

—Tonterías —lo interrumpió—. Lo meteré en la cama, me ocuparé de los niños y luego limpiaré y ordenaré abajo. Solo tengo unas decoraciones por colocar.

Temblaba mientras los dedos de Carol rozaban su piel. De todas las fantasías que había tenido, estar solo en su habitación con una niñera dominante no era una de aquellas. ¡Santo cielo!, la puerta estaba abierta, sus hijos al final del pasillo, y la joven que lo estaba desvistiendo era tan saludable como, bueno, la Navidad.

—No quiero que mi casa esté cubierta de oropel y parafernalia navideña —protestó Ben mientras Carol deslizaba la camisa por su brazo sano primero y luego, con ternura, por el brazo lesionado—. ¿Me escuchó? —Sabía que sonaba irritado: podía oírse a sí mismo. Detestaba estar fuera de control.

—Sí, lo escuché, pero “Navidad” y “parafernalia” son dos palabras que no deben ir en la misma oración. Ahora, ¿dónde guarda los pijamas?

—Cajón superior derecho de la cómoda. —Cohibido, ni siquiera comenzaba a describir cómo se sentía parado en el medio de la habitación, sin camisa, con una mujer que apenas conocía. La observó sacar varios pijamas y apartarlos con cuidado. ¿Qué estaba buscando?—. Cualquiera sirve. Los que están arriba de todo están bien.

Carol giró para mirarlo por sobre el hombro.

—¿Tiene algún conjunto navideño?

—¿Un qué navideño?

—No importa: lo agregaremos a la lista. —Sacudió la parte superior de un pijama azul a cuadros de franela—. Pase su brazo, despacio. —Con destreza lo ayudó a pasar el brazo sano por la otra manga—. Ahora quédese quieto mientras abrocho los botones.

—Yo puedo abrocharlos —protestó—. Y puedo ponerme los pantalones sin ayuda.

Carol levantó una ceja.

—¿De verdad? Será interesante verlo.

Ben le sostuvo la mirada. Los ojos de Carol eran del tono más maravilloso de azul. Un azul desconcertante. Levantó la mirada hacia el cielorraso.

—Bien, puede ayudarme —cedió—. Me refiero solo a la parte superior. —Quería estar solo para poder recuperar su estabilidad emocional, pero había límites, ¡por todos los cielos!

—Gracias. Ahora, quédese quieto.

Deseaba que ella se apresurara con sus atenciones porque el efecto que causaba en él era perturbador. Esperó con impaciencia mientras Carol abrochaba la parte superior del pijama. Ella tomó el cabestrillo de la cama y colocó su brazo con tanta suavidad que apenas sintió dolor.

—No quedó bien —aclaró—. Déjeme volver a atarlo.

—Déjelo así —se quejó Ben—; está bien.

Carol retrocedió, la cabeza inclinada hacia un lado, y observó el cabestrillo.

—No está bien. Está torcido y no puedo ponerlo bien. —Estiró los brazos alrededor del cuello de Ben—. ¿Puede inclinarse un poco hacia adelante, señor Hanson? No alcanzo el nudo.

Para terminar con eso de una vez, Ben hizo lo que le pidió. Oyó el estridente sonido del teléfono de línea sobre la mesa del vestíbulo. Casi le pidió a Carol que contestara, pero se detuvo. No quería hablar con nadie. No con el humor que tenía.

—Ya lo desaté —dijo Carol—. Ahora, quédese quieto mientras hago el nudo de nuevo.

¿Quedarse quieto? ¿Adónde iba a ir? Prácticamente estaba abrazando a Carol. Si se movía un centímetro hacia la izquierda, su nariz se enterraría en su pelo. En contra de su voluntad, cerró los ojos e inspiró. Ella olía a rosas con un toque de pino, pensó.

—Ya está; todo arreglado. —Carol retrocedió y lo miró—. Rosa de invierno.

—¿Qué?

—Mí perfume; se llama “Rosa de invierno”.

Inspeccionó su rostro. Era el retrato de la inocencia pura.

—¿Su perfume? No sé de qué está hablando —logró decir por fin.

—Está bien, no importa. —Retrocedió y examinó la habitación—. ¿Cree que necesitará otra manta?

—No necesito ayuda para acostarme. —Ben comenzó a cruzarse de brazos, pero hizo un gesto de dolor cuando intentó levantar el brazo. Miró a Carol con el ceño fruncido—. Se preocupa demasiado, y es innecesario e irritante.

—Si usted lo dice, señor Hanson..

Ben la observó mientras abría la cama del lado izquierdo. Quería que se fuera de su habitación antes de sentirse aún más incómodo. Verla esponjar la almohada fue casi el colmo.

—Duermo del otro lado.

—Lo siento. —Carol fue hacia el lado derecho y retiró las mantas; esponjó la almohada y retrocedió—. Lo quiero en la cama ahora.

Ben abrió la boca para contestar, pero se quedó paralizado al oír la voz de su hija detrás de él.

—Está muy ocupado para hablar contigo, abuela.

Ben giró lentamente. Había olvidado que el teléfono había sonado hacía unos momentos. Y ahora Hillary estaba parada en la puerta, con el andrajoso tutú rosa por encima del pijama térmico color rojo, con el teléfono inalámbrico en su oreja. Sonrió a su padre, pero hizo caso omiso de la mano estirada.

—¿Qué está haciendo? —Hillary inclinó la cabeza y miró primero a Carol y luego a él—. No estoy muy segura, pero creo que la niñera nueva está tratando de llevarlo a la cama.

## Capítulo cinco

—Papá se veía tan enojado anoche... —comentó Hillary mientras comía una galletita glaseada en forma de estrella—. ¿Está segura de que podemos comer estas en el desayuno?

Con la galletita a medio camino de la boca, Carol se detuvo.

—¿Y por qué no?

Los niños se miraron sobresaltados.

—Porque los niños no deben comer galletitas en el desayuno —respondió Hillary.

—¿No lo sabía? —preguntó Patrick, con el ceño fruncido tan parecido al del padre que hizo sonreír a Carol. La observó atentamente—. ¿De verdad su mamá le dejaba comer galletitas en el desayuno?

—¿Dejarnos? Insistía. —Carol remojó su hombre de jengibre en la leche y se esforzó por ignorar la ola de nostalgia que la invadió—. Ahora, cuéntenme qué opinan de la decoración.

—¡Me encanta! —sonrió Hillary—. Cuando bajé esta mañana, pensé que estaba en la casa equivocada. Nunca había visto tanto brillo en mi vida. Adoro el rojo y verde que hay por todos lados. —Un gran elogio por parte de una niña que vestía un tutú rosa en todo momento.

—¿Y tú, Patrick? —preguntó Carol—. ¿Qué opinas de la decoración?

—Es divertida. ¿Hizo todo usted sola?

Carol asintió. Ignoró una punzada de culpa por llevarse todo el crédito. Después de todo, no podía decirles a los niños que había contado con la ayuda de tres duendes. Rapz se había ofrecido para hornear y con alegría hacía percusión en la cocina mientras batía bandejas de galletitas, latas de dulce de azúcar y un *strudel* de cerezas para cada vecino de la calle sin salida. Mientras tanto, Tinsel y Jolly hacían un precioso trabajo ensartando guirnaldas y luces blancas en ramas de pino.

Habían tenido la previsión de llevar individuales y servilletas con motivos navideños para animar las mesas del comedor y de la cocina, así como también candelabros y decoraciones para colgar de los aparatos de iluminación. Carol se encargó de armar toda una aldea invernal de cerámica, con todo y bolitas de algodón para simular la nieve, en cada superficie vacía en la sala de estar.

Habían trabajado hasta altas horas de la madrugada, y ella estaba agradecida por la alegre compañía. Pero, cuando las medias estuvieron colgadas y las galletitas empaquetadas, apenas había soportado ver partir a sus tres simpáticos ayudantes. Como no había querido estar sola entre tanta alegría, se había ido a la cama, donde encontró un sobre arriba de la almohada. Enseguida reconoció la letra de su padre, y lo abrió.

*Mi querida Carol:*

*¡Tu madre y yo te extrañamos! A tu hermano le está costando ocupar tu lugar con la misma alegría y capacidad (¡aunque nunca lo admitirá!). Sé que también nos extrañas, pero animate porque tu asistencia allí es un regalo maravilloso para todos los niños que encuentran regocijo en creer la historia de Santa. La alegría es el regalo más importante que le podemos hacer a un niño, recuérdalo. Estás en mi corazón, querida hija, siempre. ¡Nos vemos en Maui el 27!*

*Con amor,*

*Papá*



—¿Qué le sucede a la señorita Kane? —La voz de Patrick sonaba como si estuviera en medio de una tormenta de nieve.

—Quizás fue un shock de azúcar. —Hillary se oía preocupada.

Carol sacudió la cabeza.

—Estoy bien. Solo soñaba despierta. ¿De qué hablábamos?

—Patrick preguntó si había hecho todas las decoraciones usted sola —repitió Hillary con paciencia.

—Claro que sí —contestó Carol—. ¿Quién más pudo haberme ayudado?

Hillary se encogió de hombros.

—Pensamos que tal vez papá se había levantado y había bajado a ayudarla.

—No, su padre durmió toda la noche. —Carol había verificado varias veces, pero él ni siquiera se había dado vuelta, afortunadamente para ella. Los niños también habían dormido toda la noche. Tal vez dormir profundamente era una característica de la familia Hanson.

Era una pena que Ben no fuera tan amigable, abierto o divertido como habían resultado ser sus hijos. Sabía que debía subir a ver si necesitaba algo, pero la mirada en su rostro la noche anterior, cuando le había ordenado que saliera de la habitación, no había sugerido que tuviera prisa en volver a verla.

—¿Cree que papá aún esté muy enojado? —preguntó Hillary.

Carol sacudió la cabeza.

—Claro que no. No creo que haya estado enojado para nada. Creo que solo le dolía el brazo y estaba de mal humor.

Ambos niños asintieron satisfechos con la respuesta.

—¿Qué haremos hoy? —preguntó Patrick.

Carol no pudo evitar devolverles la sonrisa. Nunca había pasado mucho tiempo con niños, pero se dio cuenta de que se había perdido mucha diversión.

—Primero sugiero que nos pongamos los abrigos y las botas, y salgamos a construir un muñeco de nieve. Después tenemos que decidir cómo y dónde colocaremos todas las luces que compramos ayer. ¿Alguno de los dos es bueno para trepar a los árboles?

—Somos como monos —le aseguró Patrick.

—Genial, siempre y cuando te refieras a la clase de monos que pueden colgar luces. —Sonrió cuando los niños rieron.

El padre de Carol tenía razón: todo en las Fiestas se trataba de los niños. O debería ser así. De repente comprendió lo que su padre quería que hiciera. “Basta de tonterías navideñas” un cuerno. Ben Hanson, por más atractivo y encantador que ella sabía que podía ser, por más sensible e inteligente que fuera, no tenía derecho a arruinar la Navidad de una incalculable cantidad de niños con un libro lleno de mentiras descaradas.

Santa existía. Claro que no podía probarlo con su ascendencia, pero ya encontraría el modo.

—Después de terminar con las luces, podemos llevarles algunos productos horneados a sus vecinos.

—¿Por qué? —preguntó Hillary. Patrick parecía tener tanta curiosidad como la hermana.

—Porque es Navidad, porque es de buen vecino hacerlo. Y —Carol hizo una pausa tratando de decidir cuánto de sus planes debía contarles a los niños. Oh, ¡por todos los abetos!, si no podía confiar en dos niños inocentes, no podía confiar en nadie— estaba pensando en que podríamos invitar a los vecinos a una... reunión.

—¿Una reunión? —preguntó Patrick.

—Una fiesta —le dijo Hillary antes de mirar a Carol con asombro en sus ojos—. ¿Se refiere a una fiesta de Navidad aquí, en la casa? ¿Con los vecinos?

—Sí, bueno, claro que podemos invitar a los vecinos, pero no tenemos que quedarnos solo con eso. ¿Qué hay sobre los compañeros de trabajo de su papá? Podemos invitar a todos los de la oficina también.

—Pero no sabemos sus nombres —objetó Patrick.

—¿Su papá tiene alguna agenda?

—¿No podríamos usar la lista de contactos de su tableta?

—La tableta, claro. —Carol no había pensado en eso. Había envuelto muchas de esas, pero no sabía cómo funcionaban—. ¿Creen que pueden averiguar cómo conseguir los nombres?

Hillary logró detenerse justo antes de burlarse de ella.

—Pues claro, tengo ocho años. Por supuesto que puedo.

Carol asintió.

—Perfecto. Necesitaré muchísima ayuda para hacer la mejor fiesta de todas. ¿Están seguros de que les gusta la idea?

Los consiguientes chillidos de alegría le demostraron que así era. Levantó una mano para solicitar permiso para hablar. Una vez concedido, les hizo la pregunta que estaba considerando en su cabeza y eligió las palabras con cuidado.

—El propósito de dar esta fiesta es ayudar a su padre a que absorba el espíritu navideño. Entonces, ¿creen que disfrutará más de la fiesta si lo incluyéramos en los planes o si fuera una completa sorpresa?

Ninguno de los niños necesitó tiempo para pensarlo.

—Que sea una sorpresa —dijo Hillary, con los ojos bien abiertos.

—Definitivamente —acordó Patrick, y asintió con solemnidad.

Era exactamente la respuesta que Carol deseaba oír.

\* \* \*

Ben se paró al comienzo de las escaleras y examinó el daño hecho a la casa. Todo lo que podía decir era que una bomba de Navidad había explotado mientras dormía. Y sabía quién la había detonado.

—Señorita Kane —llamó mientras bajaba. Le dolía el hombro, pero no se comparaba con el dolor punzante en la cabeza.

La encontró en el vestíbulo; estaba ocupada colocándoles los abrigos a los niños. Ella giró para sonreírle.

—Buenos días, ¿durmió bien? —Sin esperar respuesta, se volvió hacia Hillary y la ayudó a atarse el tutú por encima de los pantalones para la nieve.

Ben abrió la boca para señalar lo ridículo que era usar el tutú en la calle, pero se detuvo. Observó a los niños ponerse las manoplas. Sus ojos brillaban. Brillaban. No recordaba haberlos visto tan felices.

—¿Quieres salir con nosotros, papá? —preguntó Hillary.

—Después de tomar un café, cariño.

—No olvides desayunar —soltó Patrick—. Nosotros comimos unas deliciosas... —Pero qué había desayunado su hijo seguiría siendo un misterio porque la mano derecha de Hillary sujetó con firmeza la boca del hermano. Ben sospechaba que habían convencido a Carol de reemplazar el cereal de salvado que él prefería que comieran por copos azucarados o por algo igual de poco saludable.

Carol se enderezó.

—Estaremos afuera si necesita algo. —Abrió la puerta principal—. Hay una tetera sobre la cocina y café recién hecho en la cafetera. No sabía cuál preferiría.

—Aguarde un momento, señorita Kane. Necesito hablar con usted.

—Y yo necesito supervisar a los niños afuera. —Se encogió de hombros—. Pero estoy segura de que podremos encontrar tiempo para hablar en algún momento del día.

Buen intento.

—No. Ahora es mejor. —Se volvió hacia los niños—. Pueden ir a jugar al jardín, justo frente a la ventana de la cocina. La señorita Kane y yo los vigilaremos y saldremos enseguida.

Rápidamente aceptaron los términos y corrieron hacia la puerta, sin duda con la idea de salir antes que cambiara de opinión.

Ben movió la cabeza en dirección a la cocina.

—¿Podemos hablar?

—Desde luego, señor Hanson. Veo que algo le preocupa.

Observó a Carol sacar una taza de la alacena. Le sorprendía ver lo cómoda que ella parecía estar en su casa y con sus niños. ¿Era así en todos lados?

—¿Café o té? —le preguntó.

—Café —respondió y luego se sentó en la mesa de la cocina. Le dolía el hombro, pero sorprendentemente había dormido bien la noche anterior. Algo que no había resultado ser tan bueno. Si hubiera estado dando vueltas en la cama, tal vez habría oído a Carol haciendo estragos y habría podido acabar con la decoración. Al menos le hubiera ahorrado a ella el trabajo de tener que guardar todo hoy.

—¿Qué le hizo a mi casa anoche? —Se vio obligado a agregar un “Gracias” de mala gana cuando ella le deslizó una taza de café frente a él.

—A los niños les encantan las decoraciones navideñas —dijo Carol.

Él siguió su mirada mientras ella los observaba por la ventana. Hillary y Patrick habían abandonado el muñeco de nieve para comenzar una guerra amistosa de bolas de nieve.

—Son niños adorables.

—Gracias —se vio forzado a decir nuevamente. Pese a lo molesto que estaba por el desastre que había en la otra habitación, no podía ser tan grosero como para ignorar su cumplido. Eran niños maravillosos. Razón de más para protegerlos de toda esa tontería navideña antes de que provocara una decepción masiva.

Levantó la taza de café, pero se paralizó cuando la tuvo a cinco centímetros de los labios. Jamás había visto esa taza. Era blanca y la alejó para poder leer lo que decía en letras rojas.

*¡Sé bueno! O acabarás en la lista de niños traviesos de Santa.*

Estampó la taza sobre la mesa, sin importarle que el café se derramara.

—Señorita Kane, esto ha ido demasiado lejos. ¿Dónde están mis tazas de café?

—En el estante superior de la alacena hasta después de Navidad —respondió, aparentemente nada agitada por la frustración de Ben—. Tengo otras si lo prefiere. —Se levantó y tomó la taza de él—. Permítame servirle más. Tengo una taza de Rodolfo, o puede ser una...

—Síntese —insistió él—. ¿Qué sucede con usted?

No se sentó. Se quedó parada, con las manos en la cintura, y la primera grieta en su compostura comenzaba a notarse.

—Podría preguntarle lo mismo.

Ben se levantó y la miró fijamente. Los ojos azules de Carol perdieron el control, y sus mejillas se tiñeron de un rojo apenas visible. Él apartó la idea de que se veía realmente

encantadora cuando estaba enojada. Y estaba enojada. Podía verlo.

—Esta tontería navideña tiene que terminar. Ahora.

—No es ninguna tontería. —Ella levantó el mentón, y la actitud desafiante reemplazó al enojo—. Está esforzándose tanto por arruinar nuestra Navidad y no puedo entender por qué. Es usted el que debe acabar con la rutina del viejo Scrooge.

¿Nuestra Navidad? Su cabeza comenzó a dar vueltas. ¿Había siquiera llegado a estar veinticuatro horas completas en la casa? ¿De repente era “nuestra” Navidad? Eso era demasiado.

—No permitiré que mis hijos sean sometidos a mentiras tras mentiras sobre alguien que no existe.

Ella frunció el ceño.

—Santa Claus sí existe. Usted es quien está esparciendo mentiras venenosas con ese libro que está escribiendo.

Se quedó paralizado. ¿Cómo sabía sobre el libro?

—¿Cómo sabía...? —Pero el resto de la pregunta fue interrumpida por el sonido de la puerta principal, que se abrió de golpe.

—Papá, señorita Kane, vengan pronto —gritó Hillary—. Es Patrick. Necesita ayuda.

Con Carol solo un paso detrás de él, Ben siguió a su hija por la puerta principal y bajaron los escalones de la entrada. Hillary señaló hacia el techo, donde un asustado Patrick estaba parado, con una guirnalda de luces en la mano.

—¿Qué sucedió? —preguntó el padre—. ¿Está herido?

—Está atascado. —Las lágrimas se acumularon en sus ojos—. Está asustado. No puede bajar.

—Estarás bien, hijo —exclamó, con la esperanza de que su voz tranquilizara al niño—. Te bajaré en un instante. —Cómo lo haría no tenía idea. Había donado la escalera grande y había pensado reemplazarla, pero no había tenido tiempo de hacerlo. Maldijo en voz baja.

—¿Cómo llegó Patrick hasta allí? —preguntó Carol.

—Simuló ser un mono, como usted dijo.

Ben lanzó una mirada acusadora hacia Carol, pero ella no estaba mirándolo. Miraba a Patrick.

—¡Patrick! —clamó—, ¡¿qué haces allí arriba?!

El pequeño tragó saliva.

—Quería colocar algunas luces en el techo para Santa. Necesita una pista para aterrizar con su trineo.

—Rayos. —Ben cerró el puño de la mano sana—. ¿Ve lo que ha hecho, señorita Kane? —le reclamó—. Toda esta tontería sobre Santa está confundiendo a los niños.

La observó mientras ella se daba vuelta para mirarlo.

—Si se siente lo bastante cómodo como para insultarme y acusarme de cargos falsos, debería sentirse lo bastante cómodo como para llamarme Carol. —Le dio la espalda y se alejó antes de que pudiera responderle.

—Patrick —llamó—, creo que es una idea genial. Subiré para ayudarte a terminar y luego bajaremos juntos, ¿de acuerdo?

El niño asintió.

—¿Puede darse prisa, señorita Kane? Tengo miedo.

—Subiré en un momento, cariño. Aguarda. —Se volvió hacia Ben—. Háblele mientras subo. Haga lo posible por tranquilizarlo.

Antes de que pudiera preguntarle cómo pensaba subir al techo, Carol corrió al interior de la casa. Ben y Hillary apenas habían empezado a calmar a Patrick cuando vieron a Carol aparecer del otro lado de la chimenea. Él parpadeó sorprendido.

Observó mientras Carol se arrodillaba para abrazar a Patrick. Debía haberle dicho algo al niño que él no pudo oír porque Ben vio a su hijo asentir.

—Mira, papá —expresó Hillary con una sonrisa—. ¿No es inteligente la señorita Kane? Ayudará a Patrick a preparar un lugar de aterrizaje para Santa. —Volvió a sonreírle—. ¿No es algo especial?

—Oh, sí, sin duda es algo... —¿Cómo había llegado hasta allí arriba? Aunque aún estaba molesto con ella, Ben tenía que darle crédito por salvar la situación. Había permitido que Patrick salvara su orgullo al terminar lo que había comenzado cuando había subido al techo. Para un niño, poder mantener la dignidad no era poca cosa.

—¡Terminamos! —Carol exclamó. Sacó una pequeña cámara del bolsillo y tomó la foto de un Patrick parado con orgullo delante de su diseño. Luego se acercó al borde.

—Hillary, por favor, párate debajo del árbol y habla con Patrick mientras baja. Demostrará que en el fondo de su corazón es un verdadero mono.

Ben observó con orgullo cómo Patrick se adelantaba, respiraba profundo y se estiraba para alcanzar la rama. Se unió a Hillary para distraerlo mientras bajaba lentamente. En cuanto su hijo puso los pies en el suelo, Ben lo acercó y le dio un abrazo.

—Ahora debemos ayudar a bajar a la señorita Kane —les recordó Hillary.

Ben miró hacia arriba. Carol no estaba por ningún lado.

—¿Adónde se fue?

Patrick se encogió de hombros.

—Por la parte posterior de la chimenea, del mismo modo en que había subido.

Los tres se dieron vuelta cuando oyeron la puerta principal. Carol, que ahora llevaba puesto el abrigo rojo de lana y la boina haciendo juego, cerró la puerta con llave y se acercó adonde estaban ellos. Ben vio que tenía su chaqueta de plumón en el brazo.

Ella se la entregó.

—¿Estamos listos?

Ben casi temía preguntar.

—¿Para qué?

—Vamos al centro comercial.

Evidentemente sin rastros de trauma por la aventura del techo, Hillary y Patrick soltaron un grito de júbilo y corrieron hacia el todoterreno. Ben no se movió.

—¿Por qué rayos quiere ir al centro comercial? —exigió saber.

—Para demostrarle lo equivocado que está. —Levantó una ceja en señal de desafío—. Santa existe, y puedo probarlo.

La miró fijamente. La mujer estaba loca, o al menos al borde de la locura.

O quizás él era el que estaba loco por permitir que ella viviera en la misma casa que sus hijos. Excepto que era maravillosa con los niños. Nunca los había visto tan felices. Tan despreocupados... Como niños normales. Carol Kane sería la niñera perfecta. Era, lo supo de inmediato, exactamente lo que necesitaban en sus vidas.

Carol se paró junto al todoterreno y le hizo señas para que se subiera al asiento del acompañante.

—Apresúrese, señor Hanson. No queremos hacer esperar a Santa Claus. Después de todo, es la época en la que está más ocupado.

De repente Ben se sintió motivado. Con la mente concentrada. La solución era evidente: todo lo que tenía que hacer era ayudar a Carol a superar esa obsesión ridícula por la Navidad.

## Capítulo seis

El estacionamiento del centro comercial de Indian Village estaba desbordado de autos. Tuvieron que recorrerlo seis veces antes de encontrar un lugar libre. Carol intentó ignorar las quejas de Ben mientras le abría la puerta. Era el vivo retrato de *Basta de tonterías navideñas*. Realmente dudaba de que hubiera tenido algún problema para pensar en el título del libro.

El humor de Carol mejoró muchísimo cuando se acercaron a la entrada del centro comercial. La música navideña sonaba con estridencia por los parlantes, y el exterior del edificio estaba adornado con ribetes rojos y verdes y con enormes campanas plateadas. Cuando entraron al atrio de tres niveles, frenó en seco.

—Oh, miren, niños, es igual que en casa.

Hillary y Patrick, cada uno con sus manoplas puestas y agarrados de la mano de Carol, la miraron con expresión perpleja.

—Para Santa, me refiero. Santa debe sentirse como en casa —se corrigió rápidamente. Hizo caso omiso de los ojos de Ben. Su mirada atenta era desconcertante. ¿Se había delatado sola? No, claro que no. Si no creía en Santa, entonces jamás creería que Santa tenía una hija.

Ella y los niños dieron varias vueltas por el escaparate del Polo Norte y se sorprendieron con el taller de juguetes. Catorce duendes tallaban, esculpían y martillaban los juguetes de madera. Catorce. Sí, claro. Mil cuatrocientos sería más aproximado y aun con esa cantidad apenas llegaban a cumplir con la cuota a tiempo. También le pareció divertido que la zona del taller estuviera tan limpia y ordenada. A pocas horas del veinticinco, los duendes estarían hundidos hasta los tobillos en trozos de papel de regalo y moños. Atravesar ese caos siempre significaba que encontraría cinta adhesiva en la suela de los zapatos. Sonrió.

—A mí también me gusta —expresó Hillary sonriente—. Gracias por habernos traído, señorita Kane.

Carol le devolvió la sonrisa. Adoraba la chispa alegre en los ojos de Hillary. De esto se trataba realmente la Navidad. Ahora solo debía lograr que el señor Tonterías despertara y lo admitiera. Para su sorpresa, se dio cuenta de cuánto le gustaba Ben Hanson. Era atractivo, inteligente, amable y, si no se tenía en cuenta su prejuicio contra la alegría de las Fiestas, un padre maravilloso.

—Oh, y gracias a ti también, papá —agregó la niña.

Ben sacudió la cabeza.

—Créeme, la idea fue solo de la señorita Kane.

Carol lo miró. Si pudiera utilizar los dos brazos, estaba segura de que los tendría cruzados en señal de protesta malhumorada.

—¿Estamos listos para conocer a Santa? —preguntó a los niños.

Un coro encantado de respuestas afirmativas era justo lo que esperaba.

—Vamos entonces. La fila comienza allí. —Señaló el final de una hilera que empezaba a la entrada del Polo Norte y serpenteaba al costado del escaparate, por donde unos pingüinos animados patinaban alrededor de un iglú. Cuando se colocaron en la fila, contó rápidamente las personas que tenían adelante. Solo trece familias. Nada mal para esta época del año.

—Cielo Santo, Carol, debe haber al menos diez familias adelante de nosotros. —Ben se pasó la mano sana por el pelo. Ella intentó hacer caso omiso de lo atractivo que se veía con el pelo alborotado. Su actitud grosera, por otro lado, fue comparativamente mucho más fácil de ignorar.

—Trece, en realidad.

Él emitió un quejido.

Ella se dio vuelta y miró sus ojos marrones.

—¿Tiene algo más importante que hacer esta mañana que pasar tiempo con sus hijos? —Su tono, aunque desafiante, estaba al borde de ser irrespetuoso—. Su libro no se publicará a tiempo para esta Navidad, así que tiene meses para trabajar en él. Puede esperar.

Ben estrechó la mirada.

—¿Cómo sabes sobre el libro?

Ella hizo una larga pausa.

—Su madre me contó sobre él.

Sus ojos se abrieron de inmediato.

—¿Mi madre? ¿Hablaste con mi madre? ¿Cuándo?

—Anoche. Volvió a llamar cuando ya estaba dormido. —Carol había disfrutado la conversación con la madre de Ben. Al igual que la hermana, la madre parecía una persona muy razonable y absolutamente simpática. Él debía salir al padre—. Tuvimos una conversación adorable.

—¿Sobre mi libro? —Su voz sonaba fatigada. El hombro debía molestarle más de lo que quería admitir.

Carol se encogió de hombros.

—Hablamos lo suficiente como para saber que es ridículo. Todo el argumento es completamente negativo. ¿Qué cosa buena puede resultar de difundir una mentira con el único propósito de quitarles la alegría a los demás?

—¿Cuál mentira? —Tenía el ceño fruncido—. ¿Que Santa es un mito?

—Sshh...baje la voz. —Miró a su alrededor para ver si alguien les estaba prestando atención—. Hay niños cerca.

Ben alzó la vista.

—Eres... Eres tan... tan... —se detuvo cuando vio que sus hijos lo miraban expectantes.

—¿La señorita Kane es tan qué, papá? —preguntó Patrick—. ¿Tan buena?

—Sí, claro que es buena —admitió.

—Y también tan bonita, ¿no lo crees? —agregó Hillary.

Carol sintió que se sonrojaba mientras los ojos de Ben la recorrían. Después de un largo instante, ella desvió la mirada.

—La señorita Kane es muy bonita —reconoció finalmente, con una voz ahora más suave.

Ella todavía evitaba sus ojos. Todos avanzaron en la fila cuando otra familia ingresó al santuario de Santa. Gracias al cielo que la fila se movía.

—¿Qué le decimos a Santa? —preguntó Patrick.

Carol abrió la boca para responder, pero Ben habló primero.

—Oigan, niños, debemos aclarar esto ahora: Santa Claus no existe.

Carol se horrorizó. La voz de Ben estaba muy alta y demasiado firme. Este no era el momento ni el lugar. Sacudió la cabeza e intentó desesperadamente hacerle señas, pero él la ignoró.

—Santa Claus es una farsa —continuó—. Es solo una historia que los padres inventan para controlar la conducta de sus hijos durante un mes cada año. En realidad... —Las siguientes palabras fueron ahogadas por el llanto de los niños. Y por el enojo de los padres. Se alzaron las

voces, abundaban las miradas de desagrado, y Carol estaba segura de que la mujer detrás de ellos quería golpear a Ben, pero se conformó con decirle entre dientes:

—Espero que haya una mina de carbón en su media, Grinch.

A Carol se le encogió el corazón. Esto era un desastre. Y en parte era su culpa. Debería haber sabido que aún no estaba listo para esta visita.

—Duende en camino, disculpen, duende en camino —decía una voz mientras las familias se apartaban a un lado para abrirle paso a uno de los ayudantes de Santa—. Disculpen, por favor.

A medida que la voz se acercaba, el corazón de Carol dio un salto. Era Jolly.

—Parece que tenemos una situación aquí —anunció Jolly cuando estuvo parada frente a ellos. No dio ninguna señal de reconocer a Carol—. ¿Puedo ayudar en algo?

Carol movió la mano en dirección a Ben.

—Tenemos a un incrédulo aquí.

No le pasó inadvertido que Ben hubiera tenido la gentileza de ruborizarse pero sabiamente, pensó ella, permaneció en silencio.

Jolly alzó la vista hacia Ben y chasqueó la lengua.

—No podemos permitirlo. Creo que debe venir conmigo.

—¿Adónde? —preguntó Ben.

—Adonde Santa quiera que vaya —dijo Carol.

—Es suficiente, Carol. —La voz de Ben subió de tono—. Tienes que terminar con esta tontería navideña. Los niños creen que eres encantadora. Ya veo el porqué, pero esta obsesión por Santa se te está yendo de las manos. Es demasiado. Terminaremos sufriendo todos.

—Si usted no deja de quejarse, sí, estoy de acuerdo, nos hará sufrir a todos —replicó Carol. Le dio la espalda y se concentró en la fila que se achicaba delante de ellos. Faltaban solo cuatro personas para llegar hasta su padre. Eso era suficiente para mantener a raya las lágrimas de frustración. Ben Hanson era demasiado. No podía soportar más. Y no era tan orgullosa como para no rogarle al padre que la dejara regresar con él al Polo Norte. No podía hacer nada bueno en la casa de Ben.

Se negó categóricamente a darse vuelta, a pesar de que Ben en ese momento estaba discutiendo con la mujer que estaba detrás de ellos en la fila. Sintió cómo Patrick la tomaba de la mano y la apretaba con suavidad. Ella también apretó la de él. Patrick tiró de su brazo. Ella se inclinó.

—¿Quieres irte, cariño? —preguntó. La conducta grosera de Ben era tan injusta para los niños...

—No, quiero ver a Santa. Pero quiero decirle algo.

—Te escucho, Patrick.

—Papá tiene problemas para estar contento. Por favor, no se enoje con él.

Carol lo miró atentamente. Sus grandes ojos le imploraban entender. Ella asintió.

—Intentaré no estar enojada con tu padre, Patrick. Lo prometo. —Dio un largo suspiro. Era una promesa que debía mantener. Su padre tenía razón, Patrick tenía razón: Ben necesitaba su ayuda—. Todos ayudaremos a tu padre para que aprenda a amar la Navidad.

La sonrisa amplia de Patrick animó su corazón. Respiró profundo y se dio vuelta para apaciguar a Ben. Una mirada al rostro de Jolly fue todo lo que necesitó para saber que Ben aún estaba peleando. Sintió que Patrick le dio un empujoncito hacia adelante mientras otra familia afortunada pasaba a ver a Santa. Ahora quedaban tres.

—Señor Hanson, de verdad creo que es momento de calmarse —sugirió Carol.

—Creo que la duende quiere que papá se disculpe —dijo Hillary.



—¿Disculparme por qué? —Ben tenía una expresión incrédula—. ¿Por decir la verdad? ¿Por denunciar una mentira que los padres perpetúan por ningún motivo más que el de...? —La aparición de un guardia de seguridad fornido indicó que la diatriba de Ben estaba llegando a su fin. De un modo u otro.

—Señora —se dirigió a Carol—, le pediré a su esposo que se retire de la fila y venga conmigo.

Hillary no perdió tiempo en aclarar las cosas.

—No están casados. Ella se mudó recién con nosotros, pero mi papá apenas la conoce. ¿No es así, señorita Kane?

—Umm... —Su mente se apresuró para encontrar una respuesta adecuada—. Técnicamente, es cierto.

—Entonces, ¿no es su marido? —quiso clarificar el guardia.

—No, no lo es —admitió ella.

—Qué afortunada —comentó la mujer que estaba detrás de Ben, lo que arrancó unas risas del público—. Le sugiero que se aleje mientras pueda.

Ben se sonrojó.

—No me moveré de aquí hasta que mis hijos puedan ver a ese Santa.

—Mire, señor, no permitiré que se acerque al hombre —amenazó el guardia e intentó tomarlo del brazo sano, pero Ben se corrió.

—Póngame un dedo encima y llamo a la policía. —Ben frunció el ceño y miró fijamente al guardia.

—Me ahorraría la llamada —replicó.

—Basta, basta, basta... por favor —rogó Carol. Le sonrió al guardia de modo alentador—. Por favor, permítanos ver a Santa. Los niños están tan entusiasmados... —Aguardó con optimismo mientras miraba a Hillary y luego a Patrick. Tal como pensaba, sus rostros adorables resolvieron el problema.

—Bueno, pero solo porque están en primer lugar en la fila. —Sacudió la cabeza y respiró profundo antes de dirigirse a Ben—. Ni una palabra más, o lo acompaño hasta la salida. —Se volvió hacia Carol—. Estaré por allí, señora. —Señaló un lugar a unos pocos pasos de distancia.

Carol agradeció con una sonrisa. Acompañó a los niños hasta el frente de la fila y luego colocó la mano sobre la espalda de Ben y le dio un empujoncito hacia adelante.

—¿Podemos pedirle a Santa lo que queramos? —preguntó Patrick.

Ella asintió y sonrió.

—Cualquier cosa. Santa es un buen oyente.

Hillary y Patrick unieron sus cabecitas para una conferencia de último minuto. Carol miró a Ben. A su favor, su expresión era de avergonzado.

—No se haga ilusiones, señor Hanson —dijo Carol—. Ese comportamiento es merecedor de carbonilla.

Él suspiró.

—Ben. Solo llámame Ben.

Ella levantó una ceja y lo miró con toda la severidad que tuvo el coraje de mostrar.

—Está bien, Ben, ni una palabra negativa más mientras estemos aquí.

Él asintió.

Jolly les indicó que avanzaran.

—Su turno, Santa está listo para verlos.

Por fin.

## Capítulo siete

A pesar del placer de ver a su padre, Carol consiguió no arrojarse a sus brazos. La magia navideña siempre estuvo enfocada en los niños antes que nada. Le dio un empujoncito a Hillary y a Patrick para que avanzaran. Sin embargo, sonrió abiertamente cuando su padre le guiñó un ojo.

—¿A quién tenemos aquí? —preguntó Santa. Les hizo señas para que se acercaran. Cuando estuvieron frente a él, muy tímidos de repente, Santa les dio la mano—. No me digan, ¿sé quiénes son! Son Hillary y Patrick Hanson.

Los niños intercambiaron miradas sorprendidas y se volvieron hacia Santa para asentir con entusiasmo.

—Somos nosotros —contestó Hillary.

Patrick continuaba mirándolo con atención, aparentemente sin poder hablar. Hillary lo codeó.

—¿Cómo estás, Santa? —por fin se le ocurrió decir.

El padre de Carol mostró una sonrisa amplia.

—Eres un buen niño por preguntar, muchas gracias. Estoy bien. Un poco ocupado en esta época del año, pero ustedes ya lo saben.

Ambos niños asintieron.

Carol oyó a Ben contener lo que sin duda era un comentario grosero. Se dio vuelta y lo fulminó con la mirada. Debería haber dejado que el guardia de seguridad lo llevara a una habitación gris y sin ventanas para que esperara allí hasta que ellos terminaran la visita. Sacudió la cabeza e hizo lo posible por advertirle que se quedara callado.

Él tuvo la decencia de apartar la mirada.

—Ahora, déjenme pensar —dijo Santa acariciando su barba. Primero miró a Hillary—. Tu maestra, la señora González, me dijo que has sido una alumna estupenda este año. Dice que eres inteligente, servicial y amable con los demás niños. ¿Es verdad?

Hillary asintió con solemnidad y luego se giró para mirar a su padre y a Carol. Sus ojos brillaban con un orgullo tal que Carol se conmovió. Le sonrió de modo alentador. Hillary volvió a girar hacia Santa. Carol echó un vistazo a Ben. No había forma de que viera la alegría de su hija y no se conmoviera al igual que ella. Tenía el ceño fruncido, pero era diferente. Con menos desaprobación y más perplejidad. Tal vez todavía había esperanzas para él.

Santa estiró el brazo y colocó la mano sobre la cabeza de Hillary.

—Estoy orgulloso de ti, mi niña. El mundo necesita más personas con tan buen corazón como tú.

—Gracias, Santa.

—Ahora —continuó—, díganme lo que más les gustaría para Navidad.

—¿Podemos pedir dos cosas, Santa? Una es para Patrick y para mí, y la otra es para... para alguien más.

—Adelante —respondió.

—Bueno, nos encantaría tener un cachorrito. Uno que cuando crezca sea un perro grande y peludo, como en las películas.

Ben gruñó.

—Hillary, eso está fuera de discusión —pero dejó de hablar cuando Santa levantó una mano enguantada.

—¿Un cachorrito? Mmm... No había pensado en eso. ¿Tú también lo quieres, Patrick? —Se volvió hacia el niño—. ¿Te gustaría tener un cachorrito?

En respuesta, Patrick se echó a llorar. Carol y Ben corrieron hacia él.

—Está bien, cariño. —Carol se arrodilló y frotó su espalda.

—Mire lo que ha hecho. —Ben miró a Santa con furia—. Sus preguntas están aterrorizando a mi hijo.

Patrick sacudió la cabeza con vehemencia.

—No, papá.

Ben parecía confundido.

—¿Entonces qué sucede, hijo?

—No estoy triste. Estoy feliz —contestó Patrick, y el hipo reemplazó rápidamente a las lágrimas—. Nunca imaginé que podríamos tener un perro propio, en especial uno grande y baboso. Estoy teniendo el mejor sueño de mi vida.

Carol lanzó a Ben una mirada triunfal. Esperaba que su padre se luciera a lo grande esta vez. Deseaba poder ayudarlo a explorar el mundo en busca de un perro que no hiciera más que dejar pelo sobre los muebles, morder los zapatos y enloquecer a Ben. No se merecía menos.

—Debo hablar con la señora Claus sobre esto porque los cachorritos, los gatitos y los ponis son su jurisdicción —les aclaró Santa a los niños—. Pero ella es bondadosa, por lo que les sugiero que comiencen a pensar nombres en caso de que haya una criatura peluda debajo del árbol de Navidad.

Ambos niños saltaban y aplaudían, y sus chillidos de entusiasmo ahogaban las protestas de Ben.

—Bien, ¿qué más querías pedirme, mi querida? —Santa animó a Hillary.

—Nos gustaría que ayudaras a papá para que le guste la señorita Kane tanto como a nosotros.

—Oh, ya veo. —Santa asintió comprensivo—. A ambos les gusta la señorita Kane, ¿no es así?

—Muchísimo —respondió Hillary. Patrick asintió—. Queremos que se quede con nosotros para siempre.

El silencio invadió el santuario de Santa. Carol se topó con la mirada de su padre. Nunca lo había visto tan inseguro, y no se le ocurría qué decir para ayudarlo.

—Bien, ya es suficiente. —Ben fue el primero en hablar. Se acercó y tomó la mano de su hijo—. Niños, díganle adiós a... a, eh..., al señor Claus. —Después de que hicieron lo que les había pedido, los llevó hasta la salida. Miró sobre su hombro hacia Carol—. ¿Vienes?

Ella sacudió la cabeza.

—Vayan ustedes, quisiera hablar con Santa.

—Oh, por todos los cielos, Carol, ¿no podemos terminar con esta payasada?

Estaban a pocos pasos uno del otro, aunque a mundos de distancia en creencias, y se miraban fijamente. Carol no podía hablar. Saber que Ben era incapaz de creer en algo tan bueno en esencia como Santa le hacía doler el corazón. Su padre la salvó de tener que decir algo.

—Adiós, señor Hanson, y Feliz Navidad —lo saludó Santa. Su voz aún era amable por el bien de los niños, pero también contenía un indudable aire de autoridad—. La señorita Kane irá en un momento, así que tenga la amabilidad de aguardar afuera. —Luego se despidió de los niños con una voz más alegre.

Después de que Ben y los niños se fueron, Santa se levantó y estiró los brazos. Carol lo abrazó con fuerza, agradecida de tener un momento a solas con él.

—Oh, papá, estoy tan confundida...

—Parece que no eres la única. —La besó en la cabeza antes de sostenerla a un brazo de distancia y observarla pensativo—. Esto resultó ser un desafío más grande de lo que pensaba.

Carol asintió; de repente no se sintió capaz de seguir adelante con el plan de pedirle al padre que la llevara a casa. Aún no era tiempo de regresar al Polo Norte.

—No sé qué debo hacer a continuación —confesó Carol—. O qué estoy haciendo mal.

—Estás haciendo todo bien, cariño. Por eso el señor Hanson está tan nervioso. Estás avanzando.

Carol no lo creía así. Pero nunca antes había discutido con su padre, y no iba a comenzar ahora.

—Bien, tu Ben es un hueso duro de roer, eso es seguro —reconoció Santa—. Por lo tanto, creo que debes aplicar medidas severas.

—¿Puedes ser un poco más específico? —En realidad, quería más que algo específico; quería un plan de ataque plenamente desarrollado, dividido en cinco pasos sencillos.

—No tienes mucho tiempo —admitió su padre—, así que te sugiero que le armes una dieta de bastones de caramelo y ponche de huevo, también muchas galletitas y leche. Coloca música navideña las veinticuatro horas del día y toma —buscó en uno de los bolsillos de la chaqueta de terciopelo—: puedes hacer que use esto.

Carol tomó la tela doblada y la miró de manera inquisitiva.

—Es un cabestrillo con estampado de renos que tu madre le hizo —dijo Santa en respuesta a su pregunta tácita—. Siente pena por él.

Carol emitió un quejido.

—Y tú, ¿qué piensas sobre él?

El padre sonrió a medias.

—Tiene potencial. Pero la pregunta acá es: ¿qué piensas tú sobre él?

Carol mantuvo la mirada sobre el cabestrillo que tenía en las manos. No quería expresar con palabras lo que sentía. Además, el padre sabía. Si sabía cuándo los niños en todo el mundo habían sido buenos y cuándo traviesos, definitivamente conocía el corazón de su propia hija. Levantó la vista hacia él, y la expresión cariñosa en sus ojos le confirmó que él sabía. Suspiró.

—Carol, cariño, creo en ti. Si te ayuda, solo concéntrate en disfrutar de las Fiestas y en alentar a Ben para que las disfrute contigo.

Lo dijo como si fuera algo fácil. Ella se puso en puntas de pie y le dio un beso en la mejilla.

—Haré lo mejor que pueda, papá. —Después de un último abrazo, se dirigió hacia la salida, pero se dio vuelta en cuanto se le ocurrió una pregunta—. ¿Cómo está resistiendo Nicholas sin mí? ¿Está haciendo el trabajo?

Santa sacudió la cabeza, con una sonrisa juguetona en los labios.

—Es un muchacho tan lleno de energía...; digamos que fue bueno que no haya sido un embarazo de gemelos.

\* \* \*

—Le dio un beso a Santa. La vi.

Ben miró a su hijo con incredulidad. Primero las lágrimas por un cachorrito que no iba a recibir ni en un millón de años luz y ahora esa historia...

—Patrick no miente, papá —intervino Hillary. Colocó un brazo protector alrededor del hombro de su hermano—. Le pediste que espiera la habitación de Santa y ahora te está diciendo lo que vio.

—Claro, lo siento, hijo. Te creo. —Pero claro que no lo hacía. El pobre niño estaba bajo el hechizo de un relato absurdo contado para una fiesta puramente comercial. En realidad él compartía la desorientación del hijo. Desde que Carol había llegado, encantadora y alegre, sentía que su conciencia de la realidad era frágil, en el mejor de los casos.

—¿Qué dijo ella? ¿Oíste algo? —Ben no pudo evitar preguntarle.

—¡Papá! ¡No se puede espiar a Santa! —El ceño fruncido de Hillary era el más feroz que él había visto—. Arruinarás nuestras posibilidades de tener un cachorrito.

—No habrá ningún cachorrito... —Se interrumpió cuando vio a Carol salir del escondite de Santa y caminar hacia ellos. ¿Qué tipo de analgésicos le había dado la doctora? Algo no estaba bien. Su corazón latía demasiado rápido.

—¿Por qué esa mirada? —La voz de Carol se abrió paso entre sus pensamientos.

Ben se sobresaltó, avergonzado por que lo atrapara mirándola fijamente, pero luego se dio cuenta de que ella miraba a los niños.

—Papá dijo que no podemos tener un cachorrito —respondió Patrick.

—Papá no está a cargo de los cachorritos —agregó Hillary—. Eso le corresponde a Santa Claus, ¿verdad, señorita Kane?

—Técnicamente, mi... la señora Claus está a cargo de esas decisiones —aclaró Carol—. Pero debemos hablar más sobre el tema en casa.

En casa. Ben sintió una puñalada de envidia hacia cualquier hombre que tuviera la suerte de compartir un hogar, niños, y una vida con Carol. Hillary y Patrick significaban todo para él. También estaba agradecido por tener un empleo asegurado y un hogar seguro donde criar a sus hijos. Pero la mujer frente a él, la que sostenía la mano de los niños, la que explicaba con paciencia la responsabilidad que implicaba tener una mascota, no era suya.

Oyó la voz de Carol en medio de sus pensamientos.

—¿Te encuentras bien, Ben?

Pestañeó dos veces. Tenía que recuperar el control o se dirigiría a un mundo de problemas que no necesitaba. Tal vez lo quisiera. Pero no lo necesitaba. Sacudió la cabeza. La Navidad lo estaba enloqueciendo.

—Papá está bien. —Hillary lo miró y le sonrió.

Él le devolvió la sonrisa.

—Solo está molesto porque besaste a Santa —agregó.

Ben dejó de sonreír. Echó un vistazo a Carol.

—¿Lo hiciste?

Sus ojos se agrandaron.

—¿Hacer qué?

—Besar a Santa Claus.

Abrió la boca y luego la cerró sin contestarle. Él vio una docena de emociones pasar por el rostro de ella, ninguna que pudiera identificar. Cuando se trataba de mujeres, sabía que no podía decodificar el lenguaje corporal sutil ni la elección de palabras complicadas. Creyó que era más seguro esperar a que ella hablara.

—Él es mi padre... mi... él es el padre de la Navidad —balbuceó Carol y se sonrojó.

Este lenguaje corporal sí podía entenderlo. Sabía que era momento de callarse. Pero toda la tensión, la frustración y otra emoción que se negó a nombrar hicieron que continuara.

—¿Puedes ver lo ridículo que es todo esto de creer en Santa Claus, Carol? ¿No ves que te tragaste la historia de un anciano que...?

—Ni una palabra más —le dijo casi entre dientes. Se inclinó y habló en voz baja con los niños antes de caminar rápidamente hacia la salida del centro comercial.

La observó por un momento; su forma de actuar lo había tomado por sorpresa. Aceleró el paso para alcanzarlos y luego caminó al ritmo de ella.

—Carol, detente, por favor. No es ninguna vergüenza admitir la verdad.

Ella se detuvo y giró para mirarlo, con los ojos encendidos de ira.

Él no podía apartar la mirada. El pecho de Carol subía y bajaba debido a la rapidez con que respiraba, y un mechón de su pelo oscuro cayó sobre los ojos.

—Ben —dijo estrechando los ojos—, presta atención porque esto no es negociable: vamos a ir a casa y pasaremos el día comiendo helado de caramelo, tomando chocolate caliente, mirando *Milagro en la calle 34*, y luego leeremos cuentos navideños a los niños. Después de que se hayan ido a la cama, yo hablaré y tú escucharás. —Giró sobre sus talones y se alejó dando zancadas.

Entre el desafío que veía en los ojos de Carol y el modo en que su corazón le martillaba en el pecho, Ben sabía que estaba en problemas. Serios problemas.

## Capítulo ocho

Después de tres películas clásicas de Navidad, un litro de helado de menta, y una larga tarde, Carol arrojó a los niños en sus respectivas camas. Patrick, agotado por las horas de diversión desenfadada, se durmió apenas su cabecita tocó la almohada. Su hermana, en cambio, parecía pensativa cuando Carol se inclinó y le besó la frente.

—¿Y por qué nos vemos tan preocupadas? —Carol se sentó al borde de la cama—. Pensé que nos habíamos divertido esta noche.

—Oh, sí, me divertí —contestó Hillary.

—Estás preocupada, ¿no es cierto? —Carol alcanzó su mano y la estrechó para tranquilizarla—. ¿Quieres hablar sobre el tema?

Hillary asintió, pero permaneció en silencio.

Carol aguardó pacientemente. Fuera lo que fuese lo que preocupaba a Hillary, ella quería saberlo. Intuía qué era, pero esperó a que la niña hablara.

—Es papá.

Justo lo que Carol pensaba. Sonrió para darle ánimo.

—¿Qué sucede con tu padre?

—Él... Él... Oh, señorita Kane, él arruinará la Navidad. —Su confesión terminó en un mar de lágrimas.

Carol la tomó entre sus brazos y la mantuvo cerca mientras lloraba. Le frotaba la espalda y la mecía con ternura. Al mismo tiempo su cabeza se aceleraba con pensamientos poco amables. Pero los apartó. El credo de la familia Claus estaba impreso en su corazón: la Navidad se trataba de los niños, en primer y último lugar.

Una vez que Hillary pareció haber agotado el llanto, la ayudó a regresar a la cama.

—¿Te sientes mejor? —Ella asintió y Carol preguntó—: ¿qué te preocupa realmente?

Hillary se mordió el labio.

—Quiero que papá sea feliz, de verdad. Pero Patrick y yo deseamos que Santa venga. Y no lo hará si papá sigue diciendo que no existe.

—Puedes confiar en que Santa hará lo correcto. —Estiró la mano y apartó un mechón de pelo de los ojos de Hillary—. Tu padre cambiará de opinión.

—¿Cómo lo sabe?

Carol sonrió.

—Muchos padres son como el tuyo; es difícil para ellos relajarse y disfrutar de la magia navideña.

—¿Su papá también era así?

Ella sacudió la cabeza.

—No. Mi padre ama la Navidad más que nadie que conozca. Pero conocí a otros padres que piensan como el tuyo. Pero ¿sabes qué, cariño?, está en nosotros ayudarlo a que la disfrute. Creo que solo no sabe cómo hacerlo.

La sonrisa de Hillary era de alivio.

—Espero que tenga razón, señorita Kane.

—La tengo. —Y, por más frustrada que estuviera con Ben, Carol aún sintió la necesidad de defenderlo—. ¿Sabes?, tu padre es genial en otros aspectos, ¿verdad?

Hillary asintió.

—Creo que sí. —Bostezó—. Estoy tan feliz de que esté con nosotros, señorita Kane...

—Yo también lo estoy. —Le dio una palmadita en la mano y se dirigió a la puerta. Apagó la luz—. Dulces sueños, cariño.

—¿Señorita Kane?

—¿Sí?

—Amo a papá —dijo Hillary con voz adormilada.

—Lo sé —contestó Carol. Había mucho para amar en Ben Hanson. Presionó la mano contra el pecho, pero no sirvió para calmar el dolor—. Es un buen hombre.

—¿Hablará con papá?, ¿sobre la Navidad?

Carol no dudó en tranquilizarla.

—Sí, Hillary. Lo haré ahora mismo.

\* \* \*

A Ben le dolía el brazo, la cabeza le zumbaba por la combinación de demasiadas películas sensibleras y mucho helado empalagoso, y la mandíbula se le tensaba cada vez que pensaba en el entusiasmo de los niños con la idea de un cachorrito. ¿Un cachorrito? ¿No había límites para la conmoción que Carol había causado en su casa? ¿En su mente? ¿En su corazón?

Gruñó y apoyó la cabeza contra los almohadones del sillón. Cruzó el brazo sano sobre la frente. Tal vez si cerraba los ojos y contaba hasta diez, se despertaría para descubrir que todo había sido un sueño. Cerró los ojos y contó despacio hasta diez antes de volver a abrirlos. No. La sala de estar aún parecía una tienda que liquidaba artículos de Navidad en julio. Todo lo que faltaba en ese caos era un cachorrito. Una bola de pelos hiperactiva, comezapatos y sin entrenar.

—¿En qué rayos estaba pensando Santa? —murmuró.

—Entonces admites que existe. Eso es progresar.

Ben comenzó a levantarse, pero Carol se sentó junto a él antes de que pudiera hacerlo. Él la miró, aun sabiendo que debía evitar el contacto visual. ¡Cielos!, cualquier clase de contacto. Pero no podía resistirse. Era hermosa. Y encantadora. Y bondadosa. E inteligente. Pero, por sobre todo, era un problema.

—Los niños están dormidos —le aseguró—. Ahora, vayamos al grano.

Él se movió para quedar de frente a ella.

—Si se trata del cachorrito, será una conversación corta.

Los ojos de Carol se encendieron. Una clara señal de que se estaba preparando para la batalla, pensó él. Si fuera inteligente, pondría fin a todo eso ahora mismo. Abrió la boca, pero ella lo interrumpió.

—Tu hija tiene miedo de que arruines la Navidad. —Carol levantó una ceja con expectación y aguardó a que él hablara.

Su corazón se sintió como si hubiera caído doce pisos.

—¿Dijo eso?

Carol asintió.

Ben no podía recordar un momento en el que se hubiera sentido tan miserable. Amaba a sus hijos. Dios sabía que estaba teniendo dificultades al intentar criarlos solo, pero los amaba. Y estaba realmente estropeando todo si ellos no confiaban en que no arruinaría las Fiestas.

—Después de todo lo que ha pasado en los últimos años, no puedo culparte del todo.



—¿Culparme? —la interrumpió—. ¿A mí? Tú eres la que transformó la Navidad en una pesadilla.

La observó mientras sus ojos se agrandaban. Decidió sacar completa ventaja de su inusitada imposibilidad de decir algo.

—Antes de tu llegada estábamos bien —continuó—. Los niños tenían pocas expectativas y, podría agregar, realistas respecto de las Fiestas. —Levantó un dedo para impedir la catarata de retórica navideña que se notaba que ella estaba a punto de soltar—. Así que, si alguien aquí corre el riesgo de arruinar algo, esa eres tú.

Ben esperó la explosión. Pero no llegó. En su lugar, Carol se quedó sentada mirándolo, su enojo reemplazado por una mirada de... ¿qué era? ¿Frustración? No exactamente. ¿Lástima? ¡Cielos!, esperaba que no. ¿Tristeza? Fuera lo que fuese, no se la veía contenta, y era su culpa.

Estiró el brazo. Ella retrocedió sin quitarle los ojos de encima.

—Carol —tragó con fuerza para pasar el nudo en la garganta—, debes entender de dónde vengo.

—Entiendo. —Su voz era tranquila, firme—. Creo que comprendo perfectamente.

Él frunció el ceño.

—¿De verdad?

Ella asintió.

—Entiendo que tienes miedo de ser feliz. Tienes miedo de permitir que tus hijos sean felices en un intento equivocado de evitar que los lastimen. Y lo estás llevando aún más allá al escribir ese libro estúpido para que otros padres crean que una crianza responsable implica quitarles la alegría a los niños. —Sacudió la cabeza—. Todo porque no quieres que te vuelvan a lastimar.

Él quería apartar la mirada. Necesitaba mirar hacia otro lado si quería conservar una pizca de dignidad o de amor propio, pero no lo hizo. No podía.

—No es lo que crees.

—¿No?

Sus ojos examinaron los de él. Ben se sintió expuesto como nunca antes. Nadie lo había visto, realmente mirado, como Carol lo estaba haciendo. Vulnerable, ni siquiera comenzaba a describir el modo en que se sentía.

—Ben, te han lastimado. Primero, tu difunta esposa iba a mudarse, luego se enfermó y falleció. Lo sé. —Carol se mordió el labio e hizo una larga pausa—. Pero ¿de verdad crees que la solución es enseñarles a Hillary y a Patrick a mantenerse al margen de la vida para que nadie los lastime?

Él apartó la vista.

—Mírame, Ben —dijo Carol y, cuando no lo hizo, colocó la mano sobre su brazo sano.

Él cerró los ojos ante el calor de su caricia. No quería que ese calor le llegara hasta el corazón. Porque, cuando ese calor se fuera, cuando ella se fuera, no creía que pudiera soportar el frío.

Permanecieron sentados, rodeados de un silencio ensordecedor. Ben libraba una batalla interna, diferente a todo lo que había experimentado. Sabía lo que quería: a Carol. Su entusiasmo, su encanto, su amabilidad, su calor... quería todo. Pero sabía que, si la dejaba entrar en su vida, sería a un precio que no querría pagar cuando ella decidiera irse. No podía hacerlo. No podía experimentar la verdadera felicidad solo para que se la volvieran a quitar.

Se volvió para mirarla.

—Creo que es mejor que te vayas.

Se quedó mirándolo fijamente por un largo momento antes de asentir; en sus ojos se notaba que había comprendido.

—Puedo conseguir un vuelo para mañana por la noche. Después de la Fiesta pero, si eso no es lo suficientemente rápido, puedo...

—Está bien —la interrumpió—. Hillary y Patrick querrán que estés aquí para eso. —La maldita, condenada fiesta sobre la que le habían hablado camino a casa desde el centro comercial.

—¿Estás seguro?

Su voz era tan baja que apenas podía oírla.

—Claro, la casa es lo bastante grande como para arreglarnos. Son solo unas pocas personas que vienen a comer galletitas navideñas, ¿verdad?

Ella apartó la mirada.

—¿Carol? —Luchó para mantener el tono de voz—. ¿Qué me estás ocultando?

Ella respiró profundo. Eso no podía ser una buena señal.

—Tendremos la casa llena de gente, ¿no es así? —exigió saber.

Ella asintió.

Maldición. Todo lo que quería era estar solo en una casa a oscuras. Sin música navideña, sin luces de colores, sin galletitas en forma de campanas. Y, definitivamente, sin personas alegres y felices con ganas de celebrar.

—Los niños esperan ansiosos la ocasión, Ben.

—Lo sé, lo sé. —Cerró los ojos. Debía hacer lo correcto por sus hijos; aun si era incapaz de hacer feliz a una mujer—. Lo superaré.

—Lo lamento.

Le desgarraba el corazón lo arrepentida que se oía, en especial cuando todo era culpa de él. Despotricó contra las Fiestas desde que ella había llegado, pero Carol no había hecho nada malo: solo había hecho extremadamente felices a sus hijos. El hecho de haberse enamorado de ella y de desear nada más que estar a su lado para siempre estaba en su cabeza, no en la de Carol.

—No tienes por qué disculparte, Carol. Es solo que yo no... solo que no puedo... —Dejó que su voz se apagara.

—Simplemente no crees.

—No, no creo —admitió—. No creo en nada.

La observó mientras Carol abandonaba la sala y aguardó hasta oír la puerta de su habitación antes de apagar la luz y quedarse sentado en la oscuridad. No. No creía. No creía en la Navidad. Y no creía en los finales felices.

## Capítulo nueve

—Vamos, dormilona, despiértate.

En señal de protesta, Carol se dio vuelta y se negó a abrir los ojos. Pero eso no le impidió a alguien sacudirla o incluso regañarla.

—Por el amor de Santa —recitó la voz—, sal de esa cama. Es el día previo a la Nochebuena y no lo pasarás en cama sintiendo lástima de ti misma.

Ah... En eso la voz estaba completamente equivocada. Carol tenía toda la intención de sentir lástima de sí misma durante todo el día. De hecho había planeado la máxima fiesta de autocompasión. Y era una fiesta con un solo invitado.

—Vete.

—¿Le harás esto a tu padre, Carol, a esta altura de diciembre?

Carol gruñó. La culpa siempre funcionaba. En especial tan cerca del día festivo. Se sentó, abrazó la almohada y frunció el ceño al mirar a Jolly.

—¿No tienes cosas que hacer en el Polo Norte?

La duende levantó una ceja.

—Sabes que sí. —Corrió las mantas y le hizo señas a Carol para que se levantara—. Tu padre me envió.

Carol se quedó parada descalza sobre el frío piso de madera y observó a su amiga hacer la cama. Ella y Jolly eran íntimas amigas; faltaban dos días para Navidad y hoy era la gran fiesta de los Hanson. Esas eran cosas que normalmente la harían feliz. Sin embargo, se sentía indiferente a todo.

Jolly señaló la almohada que aún sostenía Carol.

—Mulle esa y colócala con las otras —dijo. Aguardó hasta que Carol hizo lo que le había pedido antes de continuar—. ¿No me vas a preguntar cómo están las cosas en casa?

—Claro, lo siento. ¿Cómo están las cosas en casa?

—Qué considerado de tu parte el preguntar. —Jolly se sentó en el borde de la cama, con las piernas que colgaban en el aire. Sacó dos bastones de caramelo del bolsillo y le ofreció uno a Carol. Cuando ella lo rechazó, Jolly sacudió la cabeza tristemente—. ¡Cielos!, debes estar perdida por él.

Carol se sentó a su lado.

—Sí. —Suspiró. Ben Hanson la había afectado de la peor manera. Él era todo en lo que podía pensar. Pero no iba a funcionar. Debía superarlo—. Ahora te pregunto porque de verdad me interesa saber: ¿cómo están todos en casa?

—Bueno, cuando me fui hace unas horas, tu padre estaba estudiando pronósticos del tiempo. Me alegra informar que el servicio meteorológico nacional no ha reportado nada que el jefe no pueda manejar. Tu madre está ocupada, ocupada, ocupada.

—Y adora cada momento —interrumpió Carol.

Jolly asintió.

—Está como pez en el agua; eso es seguro. Respecto de tu hermano, esa es otra historia. ¿Quieres saber los detalles jugosos?

Carol asintió.

—La situación lo superaba tanto a Nicholas después de que te fuiste que tu padre le contrató una asistente de tiempo completo.

Carol abrió los ojos en señal de sorpresa.

—No...

Jolly asintió; sus ojos brillaban.

—Oh, sí, lo hizo. Se llama Holly y tiene, según me cuenta Rapz, una belleza deslumbrante. Y es inteligente. Y tu hermano no le llega ni a los talones en el área de organización. ¿Ves adónde va todo esto?

Carol sonrió.

—Oh, lo que daría por presenciarlo.

—Justo lo que quería oírte decir. Empaquemos. —Jolly se bajó de la cama de un salto y abrió la puerta del armario.

—¿De qué estás hablando? —Carol pasó por el costado de la cama y estiró el brazo por encima de la cabeza de Jolly para cerrar el armario—. No me iré de aquí.

—Oh, sí, lo harás —replicó Jolly.

Una extraña sensación de nervios invadió a Carol.

—Ni siquiera envolví los regalos.

—¿Esa es tu única objeción para no ir a casa? —preguntó Jolly—. Porque puedo encargarme mientras tú empacas. No seré Rapz, pero soy rápida. Así que si es eso... —Su voz se fue apagando a propósito.

—Bueno, es que no he... no hemos... bueno, no puedo explicarlo. —No podía explicar su reticencia a irse porque ni ella misma lo entendía.

—Quizás tú no puedas, pero yo sí —dijo la duende—. Es bastante obvio lo que está sucediendo aquí. —Abrió la puerta del armario y sacó la maleta de Carol—. Comienza a empacar. El jefe te quiere en casa.

—¿Qué?

Jolly respiró profundo y habló con una lentitud exagerada.

—Tu padre, conocido en todo el mundo como “Santa Claus”, quiere que tú vengas conmigo a casa.

—¿Hoy? —El corazón de Carol se aceleró. No esperaba esto, pero tal vez debería haberlo hecho. Había fallado en su misión, y Santa lo sabía.

—¿Un poco de ayuda, por favor? —La voz de Jolly interrumpió sus pensamientos.

Carol miró la maleta y con renuencia la colocó sobre la cama, y se dejó caer a su lado.

—Pero no estoy lista para irme.

—Sí, ya veo lo inmensamente feliz que eres aquí. —Jolly sacudió la cabeza—. Lograste lo que tu padre quería, y ahora es tiempo de volver.

—Es que es eso, Jolly. No he logrado nada. —Carol se cubrió el rostro con las manos. Enfrentar a su padre sería duro. Despedirse de Patrick y de Hillary sería triste. Y saber que nunca volvería a ver a Ben Hanson era una tortura.

—Veo que tenemos un problema de comunicación —explicó Jolly—. Santa me dijo esta mañana que tu trabajo aquí estaba terminado y que debía llevarte a casa.

Carol sacudió la cabeza. No podía sentirse más miserable por haberle fallado a su padre.

—Solo lo dijo porque sabe que no puedo hacer lo que me pidió.

—Lo dijo porque anoche el señor “Basta de Tonterías Navideñas” eliminó del disco duro el libro y todas las notas. Justo después de que te fuiste a dormir, por lo que sé.

Carol clavó la mirada en su amiga; no se animaba a tener esperanzas de haber escuchado bien.

—¿Lo dices en serio? ¿Ben de verdad hizo eso?

Jolly asintió; tenía una sonrisa triunfante.

—Así que parece que has dejado huella en él de la misma manera en que él dejó huella en ti. Ahora empaquemos.

—Aguarda, Jolly, no puedo irme ahora. —Carol se levantó, con ánimos renovados por la noticia—. Tengo que quedarme al menos para la fiesta. —Solo quería una noche para celebrar las Fiestas con Ben y con los niños—. Eso no es mucho pedir, ¿no?

—En realidad, sí lo es. —Jolly levantó una mano—. Nick está tan enamorado de Holly que apenas logra concentrarse. Tus padres están trabajando demasiado duro. En conclusión, te necesitamos. Los niños de todo el mundo te necesitan.

Carol sacudió la cabeza y se cruzó de brazos en franca señal de protesta.

—Estos niños me necesitan aquí. No me iré.

Jolly gruñó.

—Tu padre me advirtió que te pondrías terca.

—Pertenezco aquí, Jolly. —La verdad resonó en el corazón de Carol mientras decía las palabras en voz alta. Pertenece allí. Con los niños. Con Ben.

La duende se masajeó las sienes y pensó por un momento.

—Está bien, esta es mi oferta final: te quedas a la fiesta, disfrutas a lo grande y esta noche nos vamos a casa. Santa te quiere allí para Navidad.

La mente de Carol se aceleró ante las opciones. Si se quedaba a la fiesta y luego partía con Jolly hacia el Polo Norte justo después de que terminara, estaría en casa para ayudar en Nochebuena. El veinticuatro era un día en el que todos debían poner manos a la obra en el Polo Norte. Ella era buena en su trabajo y quería ser parte de la magia antes de volver allí.

—¿Tenemos un trato? —preguntó Jolly.

—Sí, iré contigo a casa después de la fiesta —asintió Carol.

Jolly sonrió.

—Genial. Dúchate y yo empaco.

\* \* \*

Luego de haberse duchado y de haberse puesto unos pantalones negros de lana y un suéter negro de cachemira, Carol bajó las escaleras con suavidad. Al oír voces en la cocina, se encaminó hacia allí. Pero la escena con la que se encontró al entrar la hizo frenar en seco. En realidad, le quitó la respiración.

—¡Hola, señorita Kane!

—¡Buenos días, Carol!

Miró a Rapz, luego a Hillary y a Patrick, y de nuevo a Rapz. Sus ojos se agrandaron aún más mientras examinaba el ambiente cubierto de harina.

—¿Qué sucede aquí?

Rapz fue el primero en responder.

—Los niños están aprendiendo a hornear.

Carol buscó un centímetro de mesada que no estuviera cubierto de harina, pero no encontró ninguno. Sin embargo, era menos impactante que ver a los niños divertirse mientras hacían semejante desastre en la cocina con uno de los ayudantes de Santa.

Sus dos mundos acababan de chocar.

—¿Hoy? ¿Por qué justo hoy? —Carol sacudió la cabeza—. No importa. ¿Dónde está su padre? —preguntó. Debía atajar a Ben en el camino.

—Al teléfono con un criador de perros —informó Hillary—. Le dijimos que Santa se encargaría del cachorrito, pero papá dijo que haría unas llamadas por las dudas.

Rapz sacudió la cabeza.

—En mi opinión, dejaría que el jefe lo manejara.

Carol se pellizcó. No. No era un sueño. Ni una pesadilla. Aún no.

Corrió al vestíbulo y dudó; trataba de oír la voz de Ben. No lo logró, pero vio que la puerta principal estaba sin llave. Sin molestarse en tomar un abrigo, salió al porche.

Cuando cerró la puerta, Ben se dio vuelta.

Su sonrisa hizo que el corazón de Carol se reanimara. Él sostenía el teléfono con la mano sana. Ella mostró una sonrisa amplia cuando vio que llevaba el cabestrillo que su madre le había hecho.

—Buenos días —saludó ella—. Oí que estabas tratando de localizar un cachorrito.

Asintió con vergüenza.

—No estoy teniendo mucha suerte.

—Deja que Santa se encargue.

La sonrisa de Ben desapareció.

—Carol, por favor, no tenemos que simular que Santa es real cuando los niños no están presentes, ¿de acuerdo?

Carol lo miró fijamente, confundida.

—¿Entonces no cambiaste de opinión respecto de Santa Claus?

—Bueno, en cierto modo, sí. Y te lo debo a ti. Después de haber hablado anoche, me di cuenta de lo felices que son los niños al creer en el mito de Santa. Quiero decir, son pequeños por tan poco tiempo... ¿verdad? ¿Por qué no dejar que se den el gusto de creer en una fantasía inocente?

Fantasía inocente. Carol se estremeció.

—Entremos, te congelarás aquí afuera. —Ben pasó a su lado, abrió la puerta y la guio hasta el vestíbulo con una mano en la espalda—. Ahí está, ese calor se siente mucho mejor.

Excepto que no era así. Estaba entumecida.

—¿Qué hay sobre tu libro?

—Lo pospuse por ahora.

—¿Por ahora? —Había sido tan estúpida al suponer que el hecho de haber borrado los archivos significaba que había decidido no escribir el libro...

Él asintió.

—Me hiciste dar cuenta de lo mucho que Hillary y Patrick necesitan que yo esté de verdad presente, y no lo estoy cuando me encierro en mi estudio a escribir. Aún creo que la Navidad es un disparate y poco menos que un fraude, pero este año debo concentrarme en mis hijos. Tú me has ayudado a ver eso. —Estiró la mano para acariciar su mejilla—. Gracias. Por todo.

A Carol no se le ocurría nada para decir. Afortunadamente, Ben no parecía esperar lo que no había terminado.

—Sé que anoche te pedí que te fueras. Lo siento, Carol. Entré en pánico. —Tomó su mano y la levantó hasta sus labios—. Has cambiado todo aquí. Has traído tanta felicidad a los niños... y a mí me has traído —se tocó el corazón— esperanza.

—Esperanza —repitió ella sin entusiasmo. Su elección de palabras era irónica considerando lo desesperanzada que se sentía en estos momentos.

—Esperaba que pudiéramos hablar esta noche, después de la fiesta. Sobre nosotros.

—¿Nosotros?

Él asintió y se pasó la mano por el pelo; de repente se lo veía algo inseguro.

—Sí, nosotros. Tú. Yo. Mira, no quiero que te vayas. No esta noche. No, bueno, nunca. Pero podemos ir tan despacio como quieras. Solo prométeme que cancelarás el vuelo de hoy.

Ella asintió, pero solo para terminar con esa dolorosa conversación.

Ben sonrió.

—Bien. Ahora será mejor entrar a la cocina y ver qué desastre están haciendo mis niños y tus amigos del centro comercial.

¿Amigos del centro comercial? Ah, Jolly y Rapz. Entonces los había visto, y lógicamente había reconocido a Jolly, pero debía haber supuesto que eran actores que representaban a los ayudantes de Santa. Igual que había rechazado creer que su padre era algo más que un jubilado con un trabajito de temporada. Lo vio entrar a la cocina. Su voluntad de ignorar el hecho evidente de que había dos duendes en su casa era prueba de que pertenecían a mundos distintos.

Carol se cubrió el rostro con las manos y consiguió suprimir las lágrimas. Sobreviviría a la fiesta por el bien de los niños. Se comportaría como la hija de su padre y celebraría las Fiestas con una casa llena de vecinos y colegas de Ben.

Pero no iba a cancelar el vuelo. Cuando la noche terminara, la casa estuviera limpia y los niños dormidos, saldría en el primer trineo de regreso al Polo Norte.

## Capítulo diez

—Oh, señorita Kane, ¿no es la fiesta más bonita de todas?

Carol le revolvió el pelo con afecto.

—Me alegra que la estés disfrutando.

—Papá también parece disfrutar, ¿no lo cree? —preguntó y se volteó para mirarla—. Está hablando con esos señores del diario y se lo ve muy relajado.

—Es cierto. —Carol decidió que un cambio rápido de tema era necesario porque mirar a Ben, hablar sobre él o incluso pensar en él la entristecía—. ¿Cuántas personas te han dicho lo encantadora que te ves?

—No creí que fuera educado contarlas. —Hillary sonrió—. Ocho.

Carol se rio y se inclinó para abrazar a la niña. Cuando se incorporó, sintió la mirada de Ben sobre ella, pero se negó a mirarlo directamente. Había logrado evitar el contacto con él durante toda la velada. Con la casa llena de invitados había sido fácil escabullirse de cada ambiente al que él entraba. Además, el hecho de que él conociera a todos los presentes significaba que alguien lo detendría para charlar cada vez que intentara acercarse a ella. Volvió a concentrarse en Hillary.

—Ha sido tan lindo conocerlos a ti y a Patrick..

—¿Por qué parece que se está despidiendo? —preguntó Hillary. Frunció el entrecejo y tomó la mano de Carol—. No nos dejará, ¿verdad?

Carol maldijo su propia estupidez. Había estado tan enfrascada en su propio dolor que se había equivocado.

—No —mintió—, claro que no. ¿Y dejarlos con todos estos platos sucios para lavar? Jamás.

Más tranquila, Hillary retomó la conversación y habló sobre lo que los demás invitados estaban haciendo, diciendo y vistiendo. Carol oía a medias. Aunque la idea la entristecía, estaba agradecida con los duendes por haber traído una bolsa de polvo Olvídame para poder esparcir sobre los niños justo antes de irse. No la iban a extrañar, ni siquiera la iban a recordar, lo que haría como si estos últimos días no hubieran pasado. A Carol se le hizo un nudo en la garganta y se alegraba de que Hillary no pareciera querer otra cosa más que ella la escuchara.

Miró el reloj. Faltaban menos de tres horas para irse.

\* \* \*

Ben se dio cuenta con un sobresalto de que estaba pasándola bien, de que de verdad estaba disfrutando. Alzó el vaso de cerveza y bebió lentamente, saboreando no solo lo fría que estaba, sino también la magia del momento. En el otro extremo de la habitación, su hijo jugaba con dos niños del vecindario y no muy lejos su hija estaba de la mano con Carol. Hillary se veía feliz. Como deberían verse los niños. Y todo se lo debía a Carol.

Intentó, pero no logró captar su atención. Frunció el ceño. Tal vez la hubiera asustado con sus dichos sobre querer que se quedara para siempre. No la culpaba por sentirse abrumada por ofrecer una fiesta para una cantidad de personas que nunca había visto, o por la confesión espontánea e inoportuna de sus sentimientos hacia ella. A él también le daba miedo. Nunca había



sido abierto con su primera esposa, pero tampoco había sentido por ella lo que sentía por Carol. Esta vez estaba seguro. Completamente seguro de que estaban destinados a estar juntos.

Miró el reloj. Dos horas y cincuenta minutos; para ese entonces, seguramente la casa estaría vacía, los niños camino a la cama, y así él y Carol podrían comenzar a hacer planes para el futuro.

\* \* \*

—¿Estás segura de que quieres hacer esto, Carol? No hay vuelta atrás una vez que los rociemos.

Carol asintió.

—Adelante, Jolly. Debemos irnos y así será más fácil para los niños. —Se alejó de la cama de Patrick y observó a la duende colocar la mano dentro de la pequeña bolsa verde de raso que había traído de casa. Jolly sacudió la mano sobre el niño, y un polvillo mágico verde y plateado se arremolinó sobre la cabeza y luego se evaporó.

—¿Cuándo agregamos el plateado? —preguntó Carol.

Jolly se encogió de hombros.

—No lo sé. Tendrás que preguntarle a Rapz más tarde. Hace casi un año que no trabajo en el Departamento de Magia Navideña.

Carol estiró la manta de Patrick y le envió un beso en el aire. Él no la recordaría, pero ella nunca iba a olvidarlo.

Jolly le tiró de la manga.

—Vamos, debemos hacer lo mismo con la niña.

Se escabulleron por el pasillo hasta la habitación de Hillary. Ella estaba hecha un ovillo debajo de las mantas, abrazada a su cachorrito de labrador negro de peluche. En la punta de la cama estaba el tutú rosa descolorido, listo para el día siguiente. Carol estiró la mano y pasó las cintas de raso por los dedos. Dijo una rápida pero ferviente oración para que los niños conocieran solo la felicidad. Cuando abrió los ojos, asintió para darle luz verde a Jolly. Era mejor que Hillary no recordara los últimos días. Con una última mirada prolongada a la niña que había encontrado un lugar permanente en su corazón, Carol siguió a Jolly hasta el pasillo.

—Ahora, ¿cómo le damos esto al señor Scrooge? —Jolly levantó la bolsa y miró a Carol expectante.

—No lo llares así. —Carol se mordió el labio, pensativa—. ¿Sabes?, creo que es mejor que no le demos nada.

En respuesta, Jolly la tomó del brazo y casi la arrastró hasta la habitación de huéspedes. Cuando cerró la puerta, la soltó.

—¡Lo sabía, lo sabía! Sientes algo por el anti-Navidad.

—Sssh... Baja la voz —dijo Carol—. Está abajo cargando el lavavajillas, y no quiero que nos oiga.

—No quieres que te olvide —la corrigió Jolly—. Carol, debes pensarlo bien antes de irte. Puedo regresar y decirle a Santa que...

Pero Carol no la dejó terminar la frase.

—No, señorita sabelotodo, estás totalmente equivocada. No quiero que Ben reciba una dosis porque entonces volverá a tener la misma actitud de hace unos días. Si queremos que los niños tengan una Navidad especial, debemos dejar a Ben como está.

—¿Quieres despedirte de él?

Carol sacudió la cabeza.

—Es mejor que nos vayamos. —Tomó la maleta y señaló la ventana—. Si salimos por ahí, será un salto corto hasta el techo.

—Tú guías —dijo Jolly.

Carol levantó el bastidor de la ventana y pasó una pierna sobre el alféizar interior. Una ráfaga de viento frío nocturno le golpeó el rostro al mismo tiempo que la certeza de que no volvería a ver a Ben ni a los niños le golpeaba el corazón. Inspiró. El frío cortante le recordó su hogar. Hogar. Necesitaba concentrarse en dónde pertenecía y no en dónde quería estar.

Pasó la otra pierna para pararse sobre el alféizar exterior. Luego lanzó la maleta sobre su cabeza antes de dar el pequeño salto hacia el techo. Se estabilizó y luego estiró la mano para ayudar a Jolly a subir. Esperaron solo unos momentos hasta que oyeron que el sonido de cascabeles se acercaba. Cuando el trineo aterrizó, subieron y Jolly dio la orden de dirigirse al Polo Norte. Mientras se elevaban, Carol metió las manos en los bolsillos y cerró los ojos. Podía manejar esto. Podía regresar a su vida habitual y vivir sin Ben y sin los niños, aun si tenía que atravesar un tiempo solitario y doloroso.

\* \* \*

En cuanto el trineo tuvo autorización para aterrizar y Carol puso un pie en el Polo Norte, se vio arrastrada por el frenesí de actividades correspondientes a la Sede Mundial de la Navidad el veintitrés de diciembre.

—Bienvenida a casa, Carol —decían a coro decenas de ayudantes de Santa a medida que caminaba por el largo pasillo luminoso que llevaba hasta la Oficina Central de la Navidad. Saludaba y sonreía mientras continuaba su camino, pero no se detuvo a hablar con nadie. Tenía un gran peso en el corazón.

Se paró frente a las puertas de roble de la oficina de su padre y se tomó un momento para calmarse lo más que pudo. Él no estaría enojado con ella por no haber logrado convencer a Ben de amar la Navidad, eso lo sabía. Jamás había visto a Santa enojado. Conociéndolo, ni siquiera estaría decepcionado, lo que de alguna manera lo hacía todo más difícil de soportar.

Respiró profundo y abrió la puerta. Su corazón sintió una oleada de calor al ver a su padre estudiando un mapamundi anticuado que colgaba de la pared trasera. No tuvo que hablar porque él se dio vuelta al oír el ruido de la puerta.

Una sonrisa amorosa se formó en su rostro, y sus ojos azules brillaron.

—Carol, mi encantadora niña, bienvenida a casa. —Abrió los brazos y ella corrió y lo abrazó con más intensidad de lo habitual.

—Cariño, cariño, todo va a salir bien. —La sostuvo a la distancia y examinó su rostro—. Te prometo que lo arreglaremos.

Ella sacudió la cabeza y secó las pocas lágrimas que se le escaparon de los ojos.

—No, papá, no hay nada que arreglar. Lamento no... —Santa levantó la mano cubierta por un guante blanco e interrumpió su disculpa.

—Guarda silencio, hija. No tienes nada por qué disculparte. De hecho, tu madre y yo hablábamos esta mañana sobre lo orgullosos que estamos por el modo en que manejaste todo en casa de los Hanson. Salvaste la Navidad para esos niños, y ese es un regalo valioso. Entonces, ¿quieres hablar sobre tu Ben ahora o más tarde?

—No es mi Ben, papá. —Carol puso la mano sobre el pecho en un esfuerzo inútil por detener el dolor en el corazón—. Lo que realmente quiero hacer ahora es trabajar.

—Viniste al lugar indicado. —Santa se dirigió al escritorio, tomó un paquete de papeles de arriba de una pila enorme y se lo entregó—. Estos son los informes de niños traviesos y niños buenos con resultados conflictivos y necesito a alguien de confianza que pueda tomar decisiones.

Carol asintió. Era algo que podía hacer.

—Buscaré a mamá para saludarla y luego trabajaré en esto.

—Gracias, cariño. Tu madre está supervisando el control de rutina del mantenimiento de mi trineo; sabes cómo es ella con eso.

—Ustedes tienen suerte de tenerse el uno al otro. —Intentó sonreír, pero no pudo lograrlo; no cuando luchaba por reprimir las lágrimas.

—La suerte no tiene nada que ver en esto. Es el destino.

—Ahora no, papá, por favor. —Era necesario cambiar de tema. Su hermano menor siempre era una distracción segura—. ¿Dónde está Nicholas?

Santa sacudió la cabeza tristemente.

—Parece que mis dos hijos han estado ocupados enamorándose. Tú de tu Ben y Nicholas, de su nueva asistente. Por tanto, donde sea que esté la encantadora Holly, apuesto que ahí estará tu hermano. No comprendo por qué los dos no pudieron esperar hasta enero.

El sonido del intercomunicador de Santa la salvó de una discusión que no quería tener. Esperó mientras él contestaba.

Santa oprimió el botón.

—Aquí Claus Uno.

—Buscamos a Claus Tres —respondió un duende.

Santa hizo señas a Carol para que se acercara al escritorio.

—Alguien te busca.

Carol oprimió el botón.

—Claus Tres. Adelante.

Pero no pudo oír la respuesta por los fuertes golpes en la puerta de la oficina de Santa.

—Aguarde, por favor —pidió antes de soltar el intercomunicador. Esperó mientras el padre iba a ver qué era todo ese alboroto.

Santa abrió las puertas, y un grupo furioso de duendes, con la cara enrojecida, irrumpió en la oficina. Anonadada por la energía de rabia que irradiaban, Carol fue a pararse junto a su padre.

—¿Qué significa esto? —preguntó Santa, con un tono calmado pero autoritario.

Veinte voces rabiosas respondieron a coro.

—Uno a la vez —exigió Santa—. ¿Qué sucedió?

Jolly se abrió paso entre la multitud arrastrando a Rapz con ella.

—Santa, tenemos una situación.

—Situación, un cuerno —gritó un duende del fondo—. Esto es una emergencia.

Carol miró al padre. Por lo general era inmune a lo que otros llamaban “emergencias”. Intentó mirar a Rapz a los ojos, pero él no levantaba la vista. Eso no era buena señal.

—¿De qué se trata todo esto, Jolly?

El timbre estridente del intercomunicador volvió a sonar con insistencia. Carol lo ignoró.

—Diles, Rapz, adelante —ordenó Jolly—. No haré tu trabajo sucio, así que empieza a hablar—. Levantó la mano para callar a la muchedumbre detrás de ella.

Rapz abrió la boca para hablar, pero lo interrumpió el intercomunicador.

—Oh, por todas las Navidades. —Santa avanzó a pasos largos hasta el escritorio y oprimió el botón—. Aquí Claus Uno. Solicito que dejen de molestarme con este bendito intercomunicador.

—Señor, debemos hablar con Claus Tres. De inmediato.

Las cejas de Santa se levantaron. “De inmediato” era una orden que él solía dar, no recibir.

—Claus Tres está ocupada. Fuera. —Tiró del cable hasta que se salió del tomacorriente. Sonrió con satisfacción cuando la luz parpadeante del intercomunicador se apagó.

—Ahora, Rapz, oigamos lo que has hecho. —Santa se dejó caer en la silla e hizo señas a la multitud para que se adelantara. Así lo hicieron y Carol fue a ubicarse detrás de la silla del padre.

—Señor, solo trataba de ayudar.

—Rapz, hoy es veintitrés de diciembre. Es nuestro último día completo de operaciones prenavideñas, así que, por favor, solo di lo que tengas que decir.

Rapz tragó saliva.

—Yo... eh... bueno, le traje a Carol un regalo de Navidad.

Carol y su padre intercambiaron miradas de curiosidad.

—Gracias, Rapz, pero ya conoces la regla —lo reprendió Carol en un tono amable—. El mundo necesita recibir sus regalos primero antes de que cualquiera aquí piense en abrir los propios. —Examinó al grupo furioso antes de volver su atención hacia él—. ¿Por qué están todos tan enojados?

—No les gusta lo que te traje.

Esto generó burlas ensordecedoras, que no se detuvieron hasta que Santa golpeó el escritorio con el puño. Varias veces.

—Silencio —bramó.

Carol nunca antes había oído a su padre hablar con tanta aspereza; tampoco ninguno de los duendes. Santa consiguió que hicieran silencio.

—Rapz, solo contesta mi pregunta. ¿Qué regalo le trajiste a mi hija?

Rapz miró con aire de culpabilidad a Santa, luego a Carol, y luego a su padre nuevamente.

—No es tanto un qué, señor, sino un quién.

—¿Quién? —repitió Santa confundido.

Antes de que alguien más pudiera hablar, dos pequeñas figuras entraron corriendo por la puerta abierta y se abalanzaron sobre Carol.

—Hola, señorita Kane —corearon alegres.

Estupefacta, Carol miró los rostros de Hillary y Patrick Hanson. Los niños estaban casi levitando de puro entusiasmo, pero una ola de temor sacudió a Carol. Clavó la mirada en Rapz con incredulidad e intentó hablar, pero le llevó varios intentos poder sonar coherente.

—¿Secuestraste a los hijos de Ben?

## Capítulo once

El mundo de Carol dio vueltas a su alrededor por un momento, pero toda esperanza de que esto fuera un mal chiste se desvaneció cuando Hillary le tiró del brazo. Miró hacia abajo. Los niños estaban realmente ahí, y en pijama nada menos.

—¿Los despertaste? —le preguntó a Rapz.

En respuesta, el duende clavó la mirada en los zapatos con las puntas hacia arriba.

—No, no lo hizo, señorita Kane —dijo Patrick—. No podíamos dormir. El viaje en trineo fue asombroso.

—No nos dijo que conocía a Santa Claus —dijo Hillary y su mirada iba desde Carol hasta Santa como si estuviera intentando descifrar la situación—. ¿Sabe cuál es la mejor parte de todo esto? Papá tendrá que creer en Santa ahora. —Hillary y su hermano chocaron las manos en señal de triunfo.

—¿Ben está aquí? —Carol sintió que el mundo comenzaba a girar otra vez—. ¿Está aquí, en el Polo Norte?

—Claro que lo traje —espetó Rapz—. De vez en cuando puedo confundir las órdenes, pero no soy ningún secuestrador.

¿Confundir? Esto iba más allá, mucho más allá de una confusión.

—¿Dónde está? —le preguntó al duende—. Debo verlo para poder explicarle. —Cómo rayos iba a hacerlo no tenía la más remota idea, pero tenía que verlo y tratar de ayudarlo a comprender... bueno... que estaba en el Polo Norte.

Como Rapz no se mostraba muy comunicativo, Carol se volvió hacia Jolly.

—¿Lo has visto? ¿Sabes dónde está?

Jolly asintió.

—Está en la enfermería, pero creo que deberías esperar a que recobre la conciencia para verlo.

Los ojos de Carol se agrandaron. Se volvió hacia el padre, pero su expresión de desconcierto no era nada tranquilizadora.

—Bien, niños —les dijo Santa a Hillary y a Patrick—, quiero que vayan con estos lindos duendes a recorrer el taller. —Les hizo una seña a Tinsel y a Jolly para que indicaran el camino—. Estoy seguro de que habrá algunos juguetes que puedan probar.

Los niños voltearon sus ojos brillantes hacia Carol para obtener su permiso, y ella asintió.

—Solo quédense cerca de Tinsel y de Jolly. Y no se preocupen por su padre: estará bien.

En cuanto los niños estuvieron fuera del alcance del oído, Carol se dirigió a Rapz.

—Llévame donde está Ben. —Cuando estaba por salir de la oficina, se volteó hacia su padre—. No, papá, quédate aquí. Ya tienes suficiente trabajo que hacer. Debo encargarme de esto yo sola.

Después de que Rapz le aseguró que Ben no estaba herido de gravedad, pudo tranquilizarse lo suficiente como para oír su versión de los hechos mientras recorrían los pasillos hasta la enfermería. Según Rapz, solo quería llevar a los niños a dar un paseo rápido, pero Ben había subido al techo y se puso frenético cuando vio a los hijos en el trineo.

—Se estiró para alcanzarlos, pero se resbaló, se cayó y se golpeó la cabeza.

—¿Entonces lo metiste en el trineo y lo trajiste hasta aquí? —preguntó Carol.

Rapz se encogió de hombros.

—Entré en pánico.

Carol levantó una ceja.

—Sabes que el uso no autorizado de un trineo es motivo de degradación, ¿verdad?

Rapz asintió.

—Lo sé, lo sé. Pero los niños realmente estaban disfrutando de la Navidad; entonces pensé: “Oye, ¿qué podría ser mejor que darles unas vueltas por un par de techos?”.

—Rapz, los niños disfrutaban de muchas cosas. Pero eso no significa que puedan probarlas todas. —Carol resistió el deseo de tirarle de las orejitas puntiagudas—. Creí que estaban profundamente dormidos con el polvo Olvídamme.

—Bueno, ese es el tema. Fui a buscarte, pero Jolly llegó primero. Yo no sabía, ¿entiendes? Entonces entré por la ventana para ver por qué tardabas tanto y encontré a los niños en el pasillo.

Pasaron por el Departamento de Registros de Niños Buenos y Traviosos, y Carol sintió una punzada de culpa por no haber podido ayudar a su padre.

—¿Qué se supone que hacen las chispas plateadas?

—Ese es un experimento que salió mal —admitió Rapz—. Verás, pensaba que...

Pero Carol había oído suficiente.

—No estabas pensando, Rapz, y mira lo que has hecho. —Se detuvo frente a la puerta de la enfermería—. No podemos tener personas aquí.

—Lo sé. Lo lamento —se disculpó Rapz—. ¿Quieres que entre y le explique todo a tu amigo?

Carol sacudió la cabeza.

—No, ya hiciste suficiente. Creo que debes ir directo a la oficina de mi padre y hacer todo lo posible para ayudarlo. Solo nos quedan unas horas antes de que comience la cuenta regresiva.

Una vez que el duende desapareció, Carol respiró profundo. El corazón se le había acelerado y, aunque no quisiera admitirlo, una parte de ella estaba emocionada por volver a ver a Ben. Sin embargo, tenía pocas esperanzas de que el sentimiento fuera mutuo.

Abrió la puerta con cuidado y asomó la cabeza. El corazón se le encogió cuando vio el cuerpo de Ben sobre la camilla de la enfermería. Se escurrió por la puerta y la cerró sin hacer ruido.

Wanda, una duende de edad avanzada, le hizo señas para que se acercara.

—Tu amigo estará bien, cariño —la tranquilizó cuando Carol se aproximó.

Carol miró a Ben, con el corazón rebosante. Aunque sabía que estaría en problemas cuando él se despertara, estaba feliz de volver a verlo.

—¿Se recuperará? —le preguntó a Wanda.

La duende enfermera asintió.

—Solo se golpeó la cabeza, estará bien. Pero me alegra que estés aquí porque no tenía idea de lo que le iba a decir cuando se despertara y quisiera saber dónde está.

Con un gran alivio, Carol se dejó caer en una silla al lado de Ben. Agradeció a Wanda con una sonrisa.

—Muchas gracias por todo. Pero, si es solo cuestión de aguardar a que recobre la conciencia, tal vez sea mejor que espere sola. Podría ser más fácil si cuando se levanta me ve solo a mí.

—Una idea sensata, cariño —concordó Wanda—. Si me necesitas, estaré en la oficina escribiendo el informe del accidente.

Una vez que se cerró la puerta, Carol tomó una de las manos de Ben entre las suyas. Parecía estar dormido. Sabiendo que su mente no debería ir para ese lado, no podía evitar preguntarse cómo sería despertar junto a él todos los días por el resto de su vida. Solo podía ser una fantasía,

y lo más probable era que Ben no quisiera volver a verla una vez que hubiera logrado llevarlo a casa sano y salvo. De todas formas, a pesar de lo inútil que era ilusionarse con eso, se dejó llevar por pensamientos sobre una vida con Ben, Hillary y Patrick.

Cuatro días atrás le hubiera asegurado a cualquiera que preguntara que le encantaba la vida en el Polo Norte. Y hubiera sido verdad en aquel momento. Pero ahora no podía convencerse de que volvería a ser feliz alguna vez. No sin Ben ni sin los niños.

Llevada por un impulso, sabiendo que esa sería la única oportunidad que tendría, se inclinó y rozó los labios de Ben con un beso.

\* \* \*

Los párpados de Ben pestañearon hasta abrirse. Entonces no había sido un sueño. Carol lo había besado. Le sonrió y disfrutó de la mirada sorprendida en su rostro. Entonces ella había creído que podía darle un beso furtivo antes de irse, pero no la dejaría ir, no después de lo de anoche. ¿Qué había sucedido anoche? Frunció el ceño mientras trataba de recordar los detalles, pero los recuerdos eran vagos, casi como si hubiera bebido demasiado. No, no había sido eso. Se había caído y golpeado la cabeza. Pero ¿dónde? ¿Cómo?

—Ben —la voz de Carol se abrió paso por su ensueño—, ¿puedes oírme?

Él asintió e intentó sentarse, pero sintió una mano en el hombro que se lo impedía. Ah, entonces quería más. La atrajo hacia él y la besó, saboreando sus labios así como su voluntad de ser besada. Cuando la soltó, podía ver por la expresión del rostro que estaba preocupada.

—¿Te encuentras bien, Ben?

—Me vendría bien otro beso —bromeó.

—En serio, estábamos preocupados por ti.

A regañadientes desvió la atención de Carol y miró a su alrededor. No estaba en casa.

—¿Dónde estoy?

—Hubo un pequeño accidente —respondió Carol.

El pánico lo invadió y luchó por sentarse.

—Los niños, ¿dónde están Patrick y Hillary? ¿Están heridos?

—Están bien. Ellos no se lastimaron, solo tú —lo tranquilizó Carol, pero el modo en que se mordía el labio le decía que estaba ocultando algo.

Miró a su alrededor y trató de comprender dónde estaba. Un vistazo le dijo que no estaba en el hospital local. Esto se parecía más a la enfermería de una escuela. Volvió a fruncir el ceño e intentó leer el rostro de Carol.

—¿Dónde estoy?

Se alejó de él; era claro que estaba incómoda.

—Esto necesitará algo de explicación. —Se retorció las manos y lo observó con un poco de recelo—. ¿Podríamos llevarte a casa primero? Si me esperas aquí, podré conseguir algún... eh... algún transporte.

¿Transporte? A pesar del ligero dolor de cabeza, se esforzó por recordar cómo se había caído. ¿En casa? No. Lo que le había sucedido aún no le venía a la mente, pero en cualquier momento lo recordaría. Solo tenía que retroceder hasta lo último que recordaba. ¿La fiesta? No. Un momento: había visto a los niños subir a un trineo, pero ¿dónde habían estado para que hubiera un trineo?

—Puedo explicar —dijo Carol. Pero no lo hizo. Solo lo miró fijamente.

—¿Explicar qué? —preguntó. Quizás los niños habían trepado a algún escaparate navideño al que no debían subir y, cuando había intentado sacarlos, se había caído. Sí, debía haber sido eso.

Había estado molesto con los niños porque se habían subido al trineo y había visto al amigo de Carol del centro comercial justo antes de resbalarse.

Miró a Carol para confirmar lo que pensaba pero, antes de que pudiera hablar, la puerta se abrió, y Patrick y Hillary entraron corriendo, con un Santa Claus de mirada preocupada sobre sus talones. Ben se volvió hacia Carol.

—¿Estamos en el centro comercial?

Ella gruñó.

—Ojalá.



## Capítulo doce

Carol observó a Ben abrazar a los hijos lo mejor que podía con un solo brazo. Los niños hablaban a mil por hora, y un vistazo hacia Ben le mostró que estaba teniendo problemas para comprender lo que decían. Pero sabía que era solo un retraso temporal.

—Está bien, está bien —interrumpió Ben—. Vamos para casa y luego me cuentan todo.

—¿Ir a casa? —Patrick retrocedió con una expresión de alarma—. ¿Por qué queríamos hacer eso?

—Para que puedan dormir —respondió Ben—. No sé a qué hora cierra el centro comercial, pero se está haciendo tarde.

Hillary se rio.

—¿El centro comercial? Papá, ¿no estamos en el centro comercial!

—¿No? —Ben miró a Santa y luego a Carol—. Bueno, que alguien me diga lo que está sucediendo. —Cuando nadie contestó, se bajó de la camilla y se volvió hacia ella—. ¿Carol? ¿Dónde estamos?

Ella tragó con fuerza. No había nada que hacer más que decirle la verdad.

—En el Polo Norte.

—Oh, por el amor de Dios, Carol, basta ya. Esto no es divertido.

—Es verdad, papá. Estamos en el Polo Norte —dijo Hillary. Se volvió para señalar al padre de Carol—. Pregúntale a Santa. Él te dirá.

—Bienvenido a nuestra casa, señor Hanson —dijo Santa.

Carol se horrorizó ante la expresión incrédula de Ben. Fue aun peor verlo guiar suavemente a los niños hacia la puerta como si estuviera escapando de un manicomio.

—Ben, aguarda, puedo explicarlo. —Excepto que, por supuesto, no podía.

—Eso me sigues diciendo —respondió él. La miró con preocupación—. Me preocupas, Carol. Quiero que vengas a casa con nosotros. Podemos ver a alguien para tratar esta obsesión que tienes con la Navidad. Te conseguiré la ayuda que necesitas.

—Papá, no le hables así a la señorita Kane —interrumpió Hillary—. No está loca.

La defensa rápida y sincera de Hillary le llenó los ojos de lágrimas a Carol, pero logró suprimirlas. Si Ben la veía llorar, se convencería para siempre de que había perdido la razón.

—Bueno, yo no me voy a ningún lado sin mi nuevo cachorrito. —Patrick se soltó de la mano de Ben y corrió a abrazar a Carol.

—Y yo no me voy sin Patrick. —Hillary corrió y también se abrazó a Carol.

—Oh, ya es suficiente —les dijo Carol lo más severamente que pudo conseguir—. No se le exigen cosas a Santa. —Los abrazó y disfrutó la sensación de sentir sus bracitos alrededor de la cintura. Pensar en cuánto los iba a extrañar le dificultaba la respiración. Pero necesitaba controlar la situación—. Papá, se está haciendo tarde. Yo puedo manejar esto. Tú tienes que ir a la Central de Mando.

—¿Papá? —Ben sonaba incrédulo. Y, justo lo que Carol esperaba, un poco más que alterado.

Santa sacó un reloj antiguo y consultó la hora antes de volver a guardarlo. Suspiró.

—No me gusta la idea de dejarte.

—No tienes opción, ¿verdad? —le recordó con cariño. El tiempo no estaba de su lado, y ambos lo sabían—. Ve, yo puedo con esto.

Aguardó a que Santa saludara a los niños y se fuera antes de hablar con ellos. Ben ya no iba a creerle nada, pero podía emplear la ayuda de los niños.

—Llevemos a su padre a hacer un recorrido. Me pregunto si alguna vez habrá visto un reno.

—Carol, me estás asustando. —Ben estiró el brazo y tomó su mano entre las suyas—. Puedo ayudarte.

—Está bien, tú ganas —dijo ella y cambió la táctica—. Estoy lista para ir a casa.

La sonrisa de alivio de Ben la hizo sentir culpable por haberlo engañado. Pero no podía pensar en ningún otro modo de manipularlo para que subiera a un trineo más que simular que iría con ellos.

—¿Sabes cómo llegar al estacionamiento? —preguntó él.

Ella asintió.

—Solo sígueme, y... eh... vas a ver algo de locura navideña cuando salgamos.

—Puedo soportar a los compradores de última hora —le aseguró Ben, con un evidente alivio—. Vamos, niños.

Con expresión perpleja, Hillary y Patrick permitieron que los llevaran hacia la salida. Carol se sintió culpable por confundirlos pero, una vez que les echara polvo Olvídame de color verde, ya no importaría. Las últimas veinticuatro horas serían como un sueño para ellos. Pero esta vez no confiaría en Rapz, sino que tomaría algo del polvillo bueno camino a la zona de partida.

\* \* \*

Ben siguió a Carol y a los niños por la puerta hasta un corredor. Ella giró a la derecha y caminó hacia el final del pasillo. A él le zumbaba la cabeza y le dolía el hombro, pero nada se comparaba con el dolor en el corazón. Amaba a Carol. En cuanto lo besó, supo que la amaría para siempre. Pero ¿qué podía sucederle? ¿Un trauma de la infancia durante la Navidad la había asustado de por vida?

Fuera lo que fuese, llegarían al fondo de la cuestión. Juntos.

—¡Cuidado! —gritó Hillary—. Se aproxima una pila de regalos.

Tras la debida advertencia, Ben se unió a los otros mientras se pegaban a la pared. Un carro antiguo cargado con una pila de dos metros de altura de paquetes con envoltorios brillantes pasó junto a ellos. Los tres duendes que lo empujaban saludaron a Carol alegremente. ¿Cómo sabían su nombre?

Cuanto más caminaban por ese pasillo que parecía eterno, más extraña se volvía la situación. ¿Cuánta gente pequeña puede trabajar en un mismo lugar? Ben sabía que nunca había pasado mucho tiempo en el centro comercial, pero no podía ser tan grande. El pasillo se ensanchaba a cada paso que daban hasta que se volvió sencillamente inmenso.

—Hola, Carol. —Un hombre de pelo oscuro, de alrededor de la edad de Ben, se les acercó, con una sonrisa amplia—. Oh, cómo te extrañé. Sabía que regresarías a tiempo.

El desconocido rodeó a Carol con sus brazos y, para disgusto de Ben, ella aceptó el abrazo de buen grado. ¿Quién rayos era ese?

Carol retrocedió, un poco de mala gana, pensó Ben, y enganchó el brazo al del hombre.

—Nick, quiero que conozcas a mis amigos. Ella es Hillary Hanson y él es su hermano Patrick. Y este es... este es Ben.

—Ah, Ben, un gusto conocerte al fin —dijo Nick. Estrechó la mano de Ben y luego la de los niños—. Oí hablar mucho sobre los tres.

—Qué curioso, Carol nunca te nombró —replicó Ben.

—¿Nunca mencionó a su encantador e inteligente hermano? —Nick sacudió la cabeza con desconcierto fingido, lo que provocó las risas de los niños.

—¿Tu apellido también es Kane? —preguntó Patrick.

No le pasó inadvertido a Ben que Nick y Carol intercambiaron una rápida mirada cómplice.

—Puedes llamarme San Nick —respondió y se ganó las sonrisas de los niños.

Ben logró no torcer la mirada, pero solo por poco. ¿San Nick? ¿Y su pobre Carol creía que ese jubilado de barba era su padre y este bromista era su hermano? No era probable. No al menos que todos fueran miembros de un circo temático de Navidad.

Como una bombilla que se prende en un oscuro armario de artículos de limpieza, la mente de Ben comprendió todo de repente. Ahora entendía. Sabía lo que estaba ocurriendo, sabía dónde estaban. Y sabía en qué estaba metida Carol. Todo ese montaje le recordaba a un recorrido tras bambalinas de un espectáculo de patinaje sobre hielo al que había asistido cuando tenía unos ocho años. El frenesí de actividades, los trajes, la utilería, Santa y los duendes que no se salían del personaje, todo era parte de un show itinerante de Navidad.

Pero ¿por qué Carol no lo había dicho simplemente? El teatro no era ninguna vergüenza. Claro que era un poco extraño, pero ¿no era la mayoría de los creativos un poco excéntrico? Su corazón se ablandó al saber que la mujer a la que amaba no estaba loca.

—¿Y a qué hora es el espectáculo? —interrumpió la conversación entre Carol y Nick.

Ambos se volvieron para mirarlo.

—Lo entiendo, sé dónde estamos —sonrió con una expresión de triunfo—. Una obra de teatro, y hecha a gran escala, debo admitir. Me encantaría saber cuánto es el presupuesto para algo así.

—Las Fiestas no tienen precio —dijo Nick—. Nada de esto es por dinero.

—Sí, claro, la Navidad no es sobre dinero —se burló Ben.

—Ahora no, papá —exclamó Hillary.

Miró hacia abajo y de repente se sintió culpable. Sabía que debería dejar que los niños se divirtieran.

—Lo lamento —alcanzó a decir—. Carol, ¿por qué no nos ayudas a encontrar nuestros asientos? De esa forma, podrás ir a ponerte el disfraz y nos iremos juntos cuando termine el espectáculo.

Carol se quedó mirándolo sin decir una palabra. Hasta que Nick le dio un suave empujón.

—Eso es, Carol, ayúdalos a encontrar sus asientos. A menos que quieras que yo los lleve. Sería un placer si es más fácil para ti.

—No, gracias, Nick. Es algo que debo hacer yo.

¿Por qué se veía tan afectada? Ben quería tenderle la mano, acercarla hacia él y tranquilizarla, pero no era el momento ni el lugar. Tendrían que esperar a que finalizara el espectáculo y estuvieran en casa, pero ¿cuándo podría ser eso? ¿En unas pocas horas?

—Un gusto haberlos conocido —dijo Nick, y con un beso rápido a Carol y un saludo a los niños, se unió a otra ola de duendes que llevaban regalos hacia el final del pasillo.

Carol no cruzó la mirada con Ben ni dijo una palabra mientras recorrían el corredor, que parecía eterno. Ben se maravillaba ante el tamaño del elenco, así como también el del escenario. Cuando llegara a casa, buscaría la compañía productora en Google para ver qué podía averiguar; tenía que haber alguien de peso detrás de un espectáculo de este tamaño. Era evidente que no escatimaban gastos. Hasta el aire olía a pino. Sorprendente.

Se detuvieron frente a una puerta de madera con una placa de metal que rezaba: “Magia de Navidad”. Hizo lo que Carol le había pedido y aguardó mientras ella se escurría por la puerta de

lo que él suponía era la boletería.

—Este será un show estupendo —les dijo a los niños.

—Papá, ¿de qué hablas? —preguntó Hillary—. Estamos en el Polo Norte.

—¿De verdad? —Quizás debería seguirles la corriente—. ¿Tú qué opinas, Patrick?

El hijo respondió sin vacilar.

—Viajamos en trineo, vimos a Santa, conocimos a los duendes y visitamos el taller de Santa. Sí, definitivamente estamos en el Polo Norte.

Con una sonrisa triste, Carol volvió a unírseles.

—Gracias por haber aguardado, ya casi llegamos. —Tomó a los niños de la mano y continuó su camino. Ben los siguió pensando que, más allá de toda la locura, se sentía tan bien ver a Carol con sus hijos... Sabía que ella los amaría como si fueran suyos. Una madre nueva y una familia feliz: ese era el regalo perfecto de Navidad para los niños. Para él también.

Tal como había dicho ella, llegaron a una puerta que decía: “Partidas” solo unos momentos más tarde. Carol abrió las puertas y él la siguió. El olor a ganado invadió sus sentidos e inmediatamente después sintió la ráfaga de aire más helado que había experimentado en su vida.

—Colóquense los abrigos —dijo Carol mientras los tomaba del perchero y se los entregaba.

Ben recibió el suyo.

—Gracias. —Luego, deseando sacarle una sonrisa, bromeó—: debemos ser VIP para tener nuestros abrigos listos.

—Papá, ¿qué es un VIP? —preguntó Patrick.

Carol, con los ojos humedecidos, se inclinó para besar la mejilla del niño.

—Persona Muy Importante. —Besó a Hillary y los abrazó a ambos—. Y siempre serán muy importantes para mí. —Se enderezó y secó una lágrima del borde del ojo antes de emitir un silbido.

En unos pocos segundos un trineo tirado por ocho animales se detuvo frente a ellos. Los niños aplaudían y bailaban en el lugar. Ben no compartía su entusiasmo. Miró fijamente a los animales y al duende actor arrugado que estaba en el asiento del conductor.

—¿Qué animales son estos, Carol? ¿Caribú?

—Renos, papá, cómo no vas a saber eso. Vamos. —Patrick corrió al trineo y se subió. Su hermana lo siguió de cerca.

—Son seguros, Ben.

Él dudaba.

—Solo siéntate y no te muevas. Iré enseguida.

Ver a los niños en el trineo activó su memoria, al menos en parte.

—Ya habían dado un paseo en esto, ¿verdad? ¿Aquí es donde me caí?

—Sí, ya dieron un paseo, pero no te caíste aquí. Tú estabas... no te preocupes. Eso ya no importa. —Se secó otra lágrima.

Verla llorar le partía el corazón. Estiró los brazos para acercarla y abrazarla. Se sentía tan bien... Besó su cabeza y, cuando ella alzó la vista, apoyó la frente contra la suya por un largo momento.

—Te amo.

Su respuesta no fue lo que él esperaba oír.

—Será mejor que te vayas. Es hora. —Se apartó de él y sonrió entre lágrimas.

—No me quiero ir. —Realmente no quería. A pesar de no saber dónde estaba, quería estar con ella—. Vamos a casa. Debe haber algún sustituto que pueda hacer tu papel. Deberías estar con nosotros esta noche.

Ella sacudió la cabeza.

—Quiero estar con ustedes, pero debo estar aquí. —Carol hizo un ademán en dirección al trineo—. Por favor, Ben, es hora de que te vayas.

Se subió de mala gana y colocó a Patrick en la falda.

—Te veremos después del espectáculo. —Comenzó a desearle suerte, pero se detuvo cuando ella sacó una bolsita de terciopelo plateado del bolsillo y la abrió. ¿Por qué ponía la mano en eso? —Aguarda, Carol, ¿qué es esa cosa?

Ella tomó un puñado de brillantina verde y la arrojó hacia ellos. Él observó mientras el polvo daba vueltas por encima del trineo antes de caer como copos de nieve sobre ellos.

Justo cuando el trineo comenzó a avanzar, la oyó responder suavemente.

—Todo es parte del espectáculo.

## Capítulo trece

—Me gusta viajar más en trineo que en este viejo avión apestoso.

—Come tus maníes, Patrick. —Ben se apoyó contra el respaldo y cerró los ojos. Habían despegado de Los Ángeles hacía tres horas y quedaban muchas más antes de aterrizar en Maui. Eso sin contar la cantidad de horas que habían volado para llegar a Los Ángeles. Encima, la Nochebuena había sido una situación triste en su casa, y el día de Navidad había sido aún peor. La persona que dijo que la desgracia compartida es menos sentida realmente sabía de qué estaba hablando.

—Otra cosa que me gusta más de viajar en trineo es el aire fresco. Este avión huele a cerrado y la ventana no se abre— se quejó Patrick.

Ben contó hasta diez. Dos veces. Se dirigió a su hija, que estaba sentada en el medio.

—Hillary, ¿puedes, por favor, jugar otra vez al Tres en Raya con tu hermano?

—Me gustaría, papá, pero estoy demasiado preocupada por el cachorrito nuevo que dejamos en casa —respondió—. ¿Lo recuerdas, el perrito de peluche que no es real? ¿El que no juega, el que tengo que simular que cuido? —Tenía la vista clavada al frente, como si el respaldo del asiento de adelante le fascinara. Los brazos cruzados eran una clara señal de que tenía cero interés en continuar la conversación.

—Hillary, sabes que el perro de peluche es solo un reemplazo temporal hasta que podamos conseguir uno de verdad.

Ella lo miró de reojo.

—Si creyeras en Santa, él nos hubiera traído un perro de verdad.

—Creo en Santa Claus. —Y creía. Estaba loco. Demente. Loco de atar era la expresión correcta. Realmente creía en Santa, realmente creía que el Polo Norte existía; ¡rayos!, había estado allí. Pero cuando el trineo los dejó en casa, ya no tenía idea de cómo comunicarse con Carol para decírselo.

Se había sentido desconsolado hasta que los niños le dijeron que la familia de Carol pasaba las vacaciones en Maui cada año justo después de Navidad. Entonces, pidió una licencia en el trabajo, puso algunas prendas de verano en una maleta y gastó una fortuna en pasajes aéreos de último minuto. Todo con la poca esperanza de encontrar a Carol y convencerla de que él podía hacerla feliz.

Ben se movió en el asiento y sacó la pierna hacia el pasillo, en un intento por ponerse cómodo. Estaba abatido, pero no era el *jet lag* el responsable. Extrañaba a Carol. La amaba. Y solo podía rogar que ella sintiera lo mismo. Una voz persistente en su cabeza exigía saber por qué los había sacado del Polo Norte si de verdad le importaban. Solo podía esperar que haya sido porque pensaba que él no creía. Pero sí creía. En Santa, en el Polo Norte... en todo eso. El amor hacía locuras en la mente de un hombre. De ello no volvería a dudar.

Volvió a tocar la cajita que llevaba en el bolsillo de la chaqueta para estar seguro. Hillary y Patrick creían recordar el nombre del complejo de apartamentos donde se alojaba Santa. Eso era todo lo que tenía para comenzar cuando aterrizaran. No era mucha información, pero era algo. Si

hiciera falta, rastrearía toda la isla hasta encontrar a la familia Claus porque de ninguna manera iba a festejar Año Nuevo sin la mujer a la que amaba.

\* \* \*

Carol sacó un solero amarillo del armario, lo enrolló y lo tiró dentro de la maleta. Agregó un par de sandalias y por último el traje de baño antes de cerrarla y dejarla junto a la puerta.

—¿Estás segura de que debes irte, cariño?

—Oh, mamá, no lo sé. —Carol se dejó caer en la cama y se cubrió el rostro con las manos.

—Cariño, no llores. —Su madre se sentó junto a ella y le dio un abrazo reconfortante—. Ten un poco de fe.

Carol retrocedió y se secó las lágrimas.

—¿Cómo? Ben no cree en Santa, ni en el Polo Norte ni en la Navidad. En absolutamente nada. —Respiró profundo hasta estremecerse—. Así que no hay manera de que pueda funcionar.

—¿No hay manera?

Carol sacudió la cabeza.

—Ninguna. Nunca funcionaría. Venimos de dos mundos diferentes, y no hay término medio.

—Tienes razón. —La señora Claus se levantó y estiró el cubrecama—. Tal vez sea lo mejor. De acuerdo, aún no conozco al muchacho, pero si no tiene corazón suficiente para...

—¡Mamá! —Carol frunció el ceño—. Ben es un hombre atento y amoroso.

—Estoy segura de que sí —respondió la señora Claus con un tono firme y directo—, pero el hecho es que es el padre de dos niños y, por lo que me has contado, hizo todo lo posible por arruinarles la Navidad.

—Eso no es justo —protestó Carol—. Ben es un padre maravilloso. Ama a Hillary y a Patrick. Y no intentó arruinarles la Navidad. Al contrario, trataba de protegerlos para que no sufrieran o se decepcionaran más de lo que ya lo habían hecho.

—Entonces ¿por qué le costó creer que eras la hija de tu padre? Si de verdad le importabas, ¿por qué no aceptó toda la situación de inmediato?

Carol luchó contra una ráfaga de frustración e ira.

—Me sorprende que estés siendo tan desalmada, mamá. ¿Tienes idea de lo difícil que es para cualquier hombre creer automáticamente que Santa es real, que existe el Polo Norte y que los renos de verdad vuelan? Estás juzgando a Ben con demasiada dureza.

—Sí, lo estás.

Carol abrió la boca, pero la cerró enseguida.

—¿Qué dijiste?

Su madre sonrió.

—Estoy de acuerdo con todo lo que has dicho. Tienes razón, es injusto culpar al pobre hombre porque necesitaba tiempo para adaptarse no solo al hecho de que Santa es real, sino de que se enamoró de la hija de Santa.

Carol se quedó mirando a su madre por un largo momento antes que una sonrisa apareciera lentamente en sus labios.

—Oh, eres buena, mamá.

—Gracias. Tuve años de práctica con tu padre. —Guiñó un ojo—. Solo quería señalar que Ben no es el único hombre que tarda en convencerse. A los hombres no los estimulan para creer en cosas como Santa Claus y la magia de la Navidad. Incluso antes de la adolescencia, se espera que los jóvenes se vuelvan pragmáticos y nada sentimentales. Entonces, ¿no puedes comprender que necesita tiempo para procesar todo esto?

Las palabras de la madre le dieron esperanzas al corazón de Carol. Tenía tanto sentido... Había sido tan rígida en su modo de pensar que no se había puesto en el lugar de Ben. Pero, con la misma velocidad con que aumentaron sus esperanzas, volvieron a desplomarse debido a otro pensamiento.

—Pero, mamá, eché polvo Olvídame sobre Ben y los niños cuando abandonaron el Polo Norte. Y usé una buena cantidad. —Carol sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas—. Ben y los niños no me recordarán.

—Yo no estaría tan segura.

Miró a la madre, con miedo de tener esperanzas.

—¿Qué quieres decir?

La señora Claus sonrió.

—El polvo Olvídame es mágico y maravilloso, pero tiene un pequeño inconveniente.

—¿Inconveniente?

—No funciona en los enamorados. Y eso significa... —la señora Claus dejó que su voz se apagara.

—Que Ben no me ha olvidado. —Carol sintió que este tecnicismo era el regalo más valioso que había recibido—. Quiero decir, si es que le importo. Entonces, si voy a verlo y me reconoce, significa que me ama.

La madre la abrazó.

—Exacto. Entonces, ¿qué harás?

—Regreso al continente.

—Vayamos a ver a tu padre para reservarte un vuelo. —Abrió la puerta y acompañó a su hija—. Sería mucho más fácil pedir un trineo, ¿no es verdad?

Carol sacudió la cabeza.

—Papá nunca lo aprobaría. Lo consideraría explotación de renos si lo pedimos antes de febrero.

\* \* \*

El taxi giró y entró en el complejo Mele Kalikimaka Cove; se detuvo frente a la puerta principal. El conductor se bajó, tomó las maletas de la cajuela y abrió la puerta del vehículo. Hillary y Patrick salieron de un salto y Ben los siguió de cerca. Le dio al chofer dos billetes de veinte y no pudo evitar preguntarle una vez más si este era el único complejo en Maui con la palabra Navidad en el nombre.

—Sí, señor —respondió el conductor y colocó el dinero en el bolsillo de su remera hawaiana de vivos colores—. He vivido aquí toda mi vida y no conozco otro lugar que cumpla los requisitos. Mele Kalikimaka quiere decir “Feliz Navidad” en hawaiano, por lo que la traducción aproximada sería Caleta Feliz Navidad. —Su rostro expresaba confusión—. ¿Quiere que me quede por si no es el lugar correcto?

—No, gracias —dijo Ben—. Tiene que ser aquí. —Miró los rostros cansados, pero repentinamente entusiastas de Hillary y de Patrick. Si no podía encontrar a Carol, eso los destrozaría tanto como a él. Nada como un poco de presión.

—Estamos en el lugar correcto, papá. —exclamó Hillary, y su tono sonaba mucho más seguro de lo que se sentía él—. Solo mira el edificio.

Ben alzó la vista. Nunca había visto un complejo de departamentos que fuera de un color blanco tan immaculado. Las ventanas tenían forma de arco. La marquesina sobre la puerta principal era roja, y todas las macetas estaban pintadas de un verde brillante.



—Creo que tal vez tienes razón, Hillary.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Patrick—. ¿Golpear todas las puertas?

Ben sacudió la cabeza. Eso tomaría demasiado tiempo. Examinó el edificio una vez más. Parecía que casi todas las unidades tenían las ventanas abiertas para aprovechar la estupenda brisa de la isla.

La idea de que podía estar a solo minutos de volver a ver a Carol lo ayudó a perder la última inhibición. Puso la mano junto a su boca para que la voz llegara mejor.

—¡Santa! —gritó—. Santa Claus. Sé que está aquí. Necesito verlo.

Algunas cortinas se movieron, pero no podía decir si la brisa las estaba moviendo o si algunos curiosos estaban espiando para ver quién era el lunático que gritaba. Aguardó a que una pareja adulta en traje de baño pasara antes de volver a intentar.

—Santa, envíe a su hija. —Hizo una pausa corta—. La amo.

\* \* \*

—Carol, será mejor que te apresures a bajar antes de que ese joven tuyo arruine mi identidad falsa. —Santa pasó el brazo por el hombro de su mujer, y sus sonrisas entusiastas indicaban aprobación—. Y, por el amor a la Navidad, dile que sí a cualquier cosa que te pida para que podamos tener algo de paz.

Con una sonrisa de agradecimiento, Carol salió por la puerta y corrió escaleras abajo lo más rápido que pudo. Parecía que el corazón les daba alas a los pies. Ben estaba aquí. La recordaba. ¡La amaba!

Abrió la puerta del vestíbulo y miró alrededor. Su corazón se llenó de júbilo cuando vio tres maletas, dos niños y al hombre al que amaría para siempre.

Sus ojos se encontraron, y por un momento perfecto el resto del mundo dejó de existir. Carol no estaba segura de si ella fue hasta Ben, de si él fue hasta ella, pero de repente él la tenía en sus brazos, y eso era todo lo que le importaba.

—Vinieron —dijo ella y retrocedió para sonreírles.

—Vinimos —respondió Ben y se apartó lo suficiente para que Hillary y Patrick la abrazaran—. Tenemos algo que preguntarte.

Los ojos de Carol se humedecieron con lágrimas de alegría.

—Vinieron desde tan lejos... —reconoció—. Pregunten.

Observó mientras Ben hacía un gesto de aprobación hacia los niños, y luego los tres hablaron al unísono.

—¿Te quieres casar con nosotros?

Carol asintió, sin poder emitir una palabra. Las lágrimas de felicidad corrían por las mejillas. Se inclinó y abrazó a los niños con fuerza; amaba la sensación de sus bracitos alrededor del cuello y sus rostros contra el de ella.

—Sí, quiero. —Miró a Ben y vio su propia alegría reflejada en sus ojos—. ¿Quieren correr arriba y contarles a mis padres la buena noticia? —Cuando los niños asintieron con entusiasmo, agregó—: están en la unidad 200. Por la escalera, la primera puerta a la derecha.

Apenas vio que estaban seguros adentro del edificio, se volvió hacia Ben. Su prometido. La maravilla de esto llenaba su corazón.

—¿Te casas conmigo? —preguntó él con la voz llena de emoción. Sacó una cajita de terciopelo del bolsillo y la abrió—. ¿Por favor?

Carol dio un grito ahogado. Enclavada en el terciopelo había una alianza con un diamante brillante, y una esmeralda y un rubí a cada lado.

—Es precioso —pudo decir finalmente—. Tiene los colores de la Navidad.

Él asintió, tomó el anillo y lo colocó en el dedo de Carol. Le quedaba perfecto. Ella levantó la mano y se maravilló por lo perfecto que su mundo había pasado a ser de repente. Alzó la vista hacia Ben.

—Ben, pero ¿qué hay de, ya sabes, lo de las Fiestas y mi familia?

Él sonrió.

—Estoy bien con eso, Carol. Lo solucionaremos. Quiero decir, todos tienen parientes políticos a los que acostumbrarse, ¿verdad?

Ella rio.

Él se inclinó y la besó. Cuando ella retrocedió, él tomó sus manos, las colocó entre las suyas y las puso contra el pecho, sobre el corazón.

—Creo, Carol. En la Navidad, en tu padre, en la magia, en todo.

—¿Qué sucedió? —Carol rodeó el cuello de Ben con los brazos y lo miró—. ¿Qué te hizo cambiar de opinión?

Él ladeó la cabeza simulando pensar.

—Pudieron haber sido un par de cosas: conocí a la mujer más increíble del mundo, quien me robó el corazón, o pudo haber sido el paseo por encima de las azoteas en un trineo tirado por renos. Creo que es seguro decir que cualquiera de las dos puede convertir a cualquier hombre en un creyente.

—Te amo.

—También te amo. Ahora me gustaría conocer a tu madre y agradecerle a tu padre.

—¿Agradecerle? ¿Por qué?

Ben sonrió.

—Por tantas cosas... —Volvio a besarla—. Por darme esperanza, por darnos felicidad a los niños y a mí, por criar a una hija tan maravillosa.

Carol sonrió.

—Crees.

Él asintió, con una sonrisa juguetona en los labios.

—Adoro las Fiestas. De hecho, estoy contando los días para la próxima Navidad.

Ella rio.

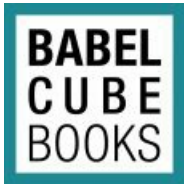
—Serás un estupendo Claus.

# **Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales**

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor **deja un comentario**, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

## ¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



### **Tus Libros, Tu Idioma**

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

[www.babelcubebooks.com](http://www.babelcubebooks.com)